





ESTA NOCHE TÚ DECIDES



# ESTA NOCHE TÚ DECIDES

Ramón Martínez

Finalista del IX Premio Odisea de Literatura

[www.odiseaeditorial.com](http://www.odiseaeditorial.com)





Foto portada: © Getty Images

© Ramón Martínez, 2007  
© de esta edición: Odisea Editorial, 2012

Palma 13, local izq. - 28004 Madrid  
Tel.: 91 523 21 54  
www.odiseaeditorial.com  
e-mail: odiseaeditorial@grupoodisea.net

Odisea Editorial también en e-book:  
www.odiseaeditorial.com



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares de los copyrights, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-15294-55-9  
D.L.:

Impreso en España/Printed in Spain



*A Ariadna, por el hilo.*







## **PRÓLOGO**

(vamos, que no hace falta leerlo)

El libro que tienes en las manos es la consecuencia de mis ideas sobre la literatura. He intentado hacer una novela divertida que pueda hacerte soñar. Y por eso es tan raro, porque me ha parecido mucho más importante escribir lo que a ti, mi lector, te gustaría leer que aquellas cosas que a mí, el autor, me gustaría contar. Además, por si fuera poco, he utilizado un conjuro literario que convierte esta novela en lo que tú quieras que sea. Cuando me senté a escribirla pensé en construir una historia con una u otra forma. Pero preferí contar todas las historias al mismo tiempo y que fueras tú quien decidiese cuál leer. Porque si lo más importante es que tú te diviertas, juegues y sueñes con mi libro, no puedo obligarte a leer cosas que no te interesen. Claro está que detrás de todo hay un mensaje que te mando y que quizá consigas descifrar. Es el único privilegio que me reservo, como autor que soy. Pero que no te obsesione demasiado descubrirlo. Me interesa, como digo, que pases un rato soñando con lo que he escrito. Porque todo esto lo hice y lo conté, como diría Lope, *para darte gusto*.

Ramón Martínez

Madrid, agosto de 2007





*«Pero en tan gran laberinto no es posible  
que deje de haber de bueno y de malo».*

Agustín de Rojas Villandrando

*El viaje entretenido*






## BIENVENIDA Y ADVERTENCIA

Este libro es mucho más que una novela. Es un juego, una aventura, donde tú eres el protagonista principal. A lo largo de estas páginas serán tus decisiones las que vayan construyendo la historia. Podrás escoger en todo momento qué prefieres hacer, qué es lo que quieres que te suceda.

Es muy sencillo. Vas a salir una noche de sábado y te van a pasar muchas cosas. Como en un laberinto tendrás que buscar la salida, tan sencilla como conocer a un chico que te acompañe a casa. Pero, cuidado, tu ex novio está buscándote por todas partes y en más de una ocasión tendrás que huir de él. Igual que en el laberinto de Creta, te persigue el Minotauro y tú tienes que intentar escapar buscando el hilo que te ofrece Ariadna. Yo, el narrador, iré ofreciéndote al terminar cada capítulo las distintas elecciones que puedes hacer, y entonces tendrás que seguir leyendo donde te indique. Ocurrirán cosas curiosas. Quizá pases dos veces por la misma situación. Pero la realidad







está llena de coincidencias graciosas, ¿por qué no iba a suceder lo mismo en la ficción?

¿Vas a ser capaz de terminar esta novela? ¿Podrás encontrar un chico con el que volver a casa o terminarás la noche tú solo? ¿Vas a enfrentarte a tu ex o conseguirás esquivarlo? Todo depende de ti. Y no te preocupes, que no es tan complicado como parece. Yo creo que hasta el más primo sería capaz de encontrar el final feliz. Aunque quizá me haya pasado y sólo los primos consigan llegar al final. Yo sólo te deseo mucha suerte.

Ahora empieza la aventura, atrévete y pasa a la página siguiente.



# 1

Qué pesada es la gente. Sentado frente al ordenador, pasas la tarde del sábado intentando distraerte con una película cualquiera. Pero David no para de dejarte llamadas perdidas para que seas tú quien lo llame y así pueda ahorrarse los cuatro céntimos que le cuesta hablar contigo. Y es que hay algunos que con tal de no gastarse los cuartos son capaces de cualquier cosa. Como éste, que ya te ha dejado cinco perdidas. Ya no lo aguantas más y le llamas, a ver si te cuenta qué es lo que quiere y te deja terminar tu peli a gusto.

—¿Qué pasa?!

—Hola.

—Cinco perdidas me has dejado, a ver si un día de éstos te decides a llamar de verdad. ¿Qué querías?

—Nada... Que si vas a salir hoy.


—Pues mira David, no tengo ni idea. Estoy tranquilamente en casa viendo una peli y es demasiado pronto para plantearme si me moveré siquiera de la silla esta noche.

—Yo he quedado con estos en la plaza, si al final sales...


—Sí, te llamo, como siempre. Pero vamos, que no sé si iré. Te llamo con lo que sea. Adiós.

—Ciao...


Y es que no tienes ninguna gana de moverte. Total, para ir a los sitios de siempre y que no te pase nada inte-



resante, es casi mejor que te quedes en casa, viendo una película tras otra hasta hartarte. Luego dirán que si eres un aburrido, que si no te da el aire, que si te pasas el fin de semana encerrado... Pero a ti te da igual. Antes de aguantar los rollos de siempre prefieres no aguantar ninguno. Además, estás tan harto ya del ambiente, de ver siempre las mismas caras en los mismos sitios, de que en los bares te roben el dinero con esos precios imposibles... De momento decides que terminarás de ver la película, cenarás tranquilamente y ya te plantearás luego si quieres o no arreglarte para salir. Y a tus amigos que les vaya bien.



Pero mira que tienes mala suerte. Justo cuando vuelves a darle al «play» una ventanita en el ordenador te advierte: «Dani acaba de conectarse». ¡Mierda! Tu ex. Debiste haberle eliminado de tu lista de contactos. Te daba pena, claro. Y a quién no. Pero es que es surrealista seguir hablando con él después de todo lo que pasó. Siempre has pensado que una relación que acaba bien es una relación inacabada. Y así te va, que tienes todavía cuentas pendientes con media humanidad. Estás esperando, porque sabes que de un momento a otro te va a decir algo. Quizá tarde un minuto, media hora, o quizá no diga nada, pero lo que tienes claro es que no serás tú el que empiece la conversación. ¡Faltaría más! Después de todas las cosas que te contó y que sabes que son mentira, y de todas aquellas que de momento sólo supones que tampoco eran ciertas... Y no es que no te importe, que claro que te importa. En el mundillo gay una





relación de más de dos meses es una relación importante. Y la vuestra duró mucho más. Vamos, que en el fondo le sigues queriendo, aunque sea sólo un poquito. Pero no le puedes perdonar todo aquello. Así que no, no le dirás nada. Y es justo entonces, mientras piensas todo esto, cuando una nueva ventanita te da la buena noticia: «Dani dice: Hola». ¿Y ahora qué se supone que tienes que hacer? Te encantaría coger el portátil y lanzarlo ventana abajo, a ver si con un poco de suerte le das al pesado del obrero que lleva toda la tarde taladrando el suelo de tu calle. Pero claro, te quedarías sin ordenador y, encima, seguro que no le das. ¿Entonces? Puedes levantarte y salir corriendo como una loca por el pasillo de tu casa, que no dejará de ser algo un poco sobreactuado, pero bueno, como esto es una novela, yo no se lo contaría a nadie. También tienes una tercera opción, claro, que es en el fondo la que más te apetece, pero la menos apropiada: ponerte a hablar con él, y que sea lo que Dios quiera. ¿Huir de tu ex-novio o dejar que te cuente sus tonterías? Hay que ver qué divertida se pone tu vida a veces.

*Si decides hablar con tu ex, pasa a l capítulo 2.  
Si prefieres pasar de él, vete hasta el 5).*

## 2

¿Qué es lo que querrá contarte? Aunque posiblemente no quiera decirte nada en especial, sólo darte la lata un rato. Hay gente muy rara que no sabe pasar página y se regodea en el pasado. Y tu ex parece ser uno de ellos. Y puede que tú también... ¿Por qué no te dejará tranquilo? A veces te gusta pensar que todavía te quiere y que cualquier día aparecerá en tu ventana con un ramo de flores, como si fueras Julia Roberts en *Pretty Woman*. Claro que tú no te pareces para nada a ella —eso espero—. Traga saliva, santíguate si te apetece, y empieza a hablar con él:

*Tú dices:* Hola.

*Dani dice:* ¿Qué tal?

*Tú dices:* Aquí ando, viendo una peli.

*Dani dice:* ¿Cuál?

*Tú dices:* Una de Almodóvar. Para entretenerme nada más...

*Dani dice:* Uy, a mí me encanta Almodóvar.

*Tú dices:* Ya, pero no me acordé. No te preocupes, que ahora mismo la quito.

*Dani dice:* No hace falta... Almodóvar es de los dos, no sólo mío...

*Tú dices:* Pues por eso mismo.

*Dani dice:* Jo, estás borde...

*Tú dices:* ¿Y cómo quieres que esté?

*Dani dice:* No sé, pensaba que igual te habías olvidado ya de todo...

*Tú dices:* Mira Dani, hay cosas de las que nunca me podré olvidar.

*Dani dice:* :(

*Tú dices:* No me pongas caritas. No me olvidaré, pero cada vez importan menos.

*Dani dice:* ¿Eso quiere decir que ya no te importo?

*Tú dices:* Mira que eres pesado. No, no es eso... Déjalo, anda, no me líes.

*Dani dice:* ¡Es que no quiero dejarlo!


*Tú dices:* Pues es lo mejor. Además, se supone que ya lo habíamos dejado, ¿no?

*Dani dice:* Sí, bueno... No sé. Supongo que a veces es mejor callarse.



*Tú dices:* Exactamente...

*Dani dice:* Jo... ¡Pero a mí me apetece mucho hablar contigo! ¿No quieres que nos veamos ni nada?

¡Peligro! ¿No te das cuenta de en qué berenjenal te estás metiendo? Ahora tu ex pretende quedar contigo, y seguro que esta misma noche, está claro. Quién te mandará ponerte a hablar con él. Con lo tranquilo que estabas con tu película, mira qué pelicolón se te está montando. Pues nada, decidete. ¿Te arriesgas a encontrarte con él y que se te caiga el alma a los pies? ¿O prefieres darle largas y alejarte del ordenador, que parece que sólo te va a traer problemas?



*Si quieres correr el riesgo de seguir hablando con Dani, ve hasta el capítulo 52, pero si prefieres dejarlo pasar de una vez, sigue leyendo en el capítulo 3.*



### 3

*Tú dices:* A mí también me apetece... Pero no es buena idea.

Al final has decidido no arriesgarte. Y creo que has hecho bien. Las cosas pasadas deben quedarse atrás, ya sabes.

*Dani dice:* A mí me gustaría verte y poder hablar tranquilamente y eso... Aunque sé que no es buena idea, y por eso me aguanto. Pero que sepas que a mí me ha encantado pasar por tu vida...

*Tú dices:* Bueno, sería mucho mejor no haber dejado de pasar, ¿no?

*Dani dice:* Ya, pero... Tú me entiendes.

*Tú dices:* Sí, te entiendo demasiado bien... Bueno, yo tengo que irme...

*Dani dice:* Está bien, ya hablamos...

*Tú dices:* Ok, ciao!

*Dani dice:* Bye!


Por fin conseguiste librarte de él. Es una lástima, porque Dani es un chico genial, pero ya no puede ser. Aunque en su día fuera todo maravilloso, hay cosas que deben quedar atrás. Y ahora te toca decidir: ¿te arreglas y te marchas con tus amigos? ¿O, ya que estás frente al ordenador, prefieres andar un rato por Internet para entretenerte?

*Si quieres ir a la ducha, pasa al capítulo 5.  
Si prefieres jugar en el ciberespacio, ve hasta el 38.*

## 4

Este sitio da un poco de miedo. La próxima vez avísame de qué elección vas a tomar, para poder vestirme de acuerdo con ella e incluir en mi atuendo algún arma de fuego. Porque esto está muy oscuro y apenas puede distinguirse, nada más entrar, una barra a la izquierda donde un camarero, completamente desnudo y bastante atractivo, habla con dos señores algo mayores. Como suele suceder en lugares como éste, todo el mundo se ha vuelto a mirarte cuando has entrado, igual que si fueras una ternera en la feria de ganado. Te estudian, calculan sus posibilidades contigo y luego, les gustes o no, hacen como que no les interesas. Más tarde veremos si era cierto.


Te acercas a pedir algo de beber y tus ojos se empiezan a acostumbrar a esta luz. Poco a poco percibes mucho movimiento en El Purgatorio —que no es una metáfora, sino el nombre del local al que me has traído—. Hay gente que se acerca al servicio, gente que se entretiene en lo que podría ser la pista de baile y, lo más importante, algunos bultos con forma de persona —más o menos— que desaparecen por un hueco al fondo del local, una puerta que da paso, como has podido suponer, a una zona bastante más divertida que ésta. Aquí sólo están el camarero, los dos hombres de quienes hablé y alguno que otro que se hace el despistado intentando que alguien se le acerque. Tú te apoyas en la barra y miras a la gente ir de un lado a otro. Hasta que decides pasar a la




otra parte del bar y ver qué se cuece por allí. Bajo la mirada atenta del camarero cruzas la pista de baile y entras en la habitación en penumbra donde están agrupados todos los clientes. Habrá unas veinte personas, todas muy ocupadas. Como si se tratase del verdadero purgatorio encuentras varios diablillos que se entretienen en martirizar a algunos pecadores. Pero éstos parecen estar pasándose la mar de bien. Hacia la derecha un hombre arrodillado, bajito, de piel oscura y ojos pequeños, se entretiene chupándose a dos chicos musculosos. A la izquierda hay otro al que dos hombres ya maduros están violando casi literalmente. El joven se retuerce de dolor. Mientras uno de ellos le cabalga brutalmente, el otro, por delante, le obliga al sexo oral más salvaje que hayas visto. Pero esa pobre alma del purgatorio no parece sufrir lo más mínimo. Sus gritos de dolor escapan de una cara sonriente. Aunque eso no es nada comparado con el espectáculo de la pista central, en la que un trapecista desnudo y encaramado en una especie de columpio de cuero se convierte en la marioneta de un hombre calvo y grande, que introduce su antebrazo en el cuerpo del chico-títere. Tú no sabes si todo esto te resulta desagradable o no. Las cosas más horribles, a veces, tienen un punto de atracción muy extraño. Todo el mundo habla de lo atrayente que es la belleza, pero poca gente se para a pensar en los atractivos que puede tener el horror, si es que los tiene.

Mientras piensas estas cosas terminas tu bebida y no-






tas detrás de ti que alguien te agarra por la cintura. ¡Qué susto! Es el camarero, que ha venido a buscarte. Por sus movimientos deduces que no va a ofrecerte otra copa. Más bien parece que quiere hacer algo contigo. Porque yo no he visto nunca a nadie vender alcohol agarrándose al culo del cliente. Como dije, el camarero es atractivo y está muy dispuesto a hacerte pasar un buen rato. Pero quizá todo este espectáculo sea demasiado para ti y quieras marcharte inmediatamente de El Purgatorio. Tú decides, ¿te quedas con el camarero o sales corriendo de este pequeño infierno?




*Si quieres averiguar qué se propone hacer este chico, pasa al capítulo 66. Si la situación te parece más horrible que morbosa, huye hasta el 65.*




## 5

Aunque te da pereza, porque significa que saldrás a la calle en breve y tendrás que soportar toda una noche fuera —y recuerda que se supone que hoy no querías salir—, acabas de meterte en la ducha. Pero hoy puedes permitirte darte un poco de tiempo. No es una mañana de lunes, de las que te levantas sin haber dormido y en menos de diez minutos tienes que estar listo para salir de casa. No, hoy es sábado por la noche, puedes pasar en el baño tanto tiempo como quieras. Y así empiezas el ritual. Primero te afeitas, con cuidado para no cortarte, luego te desnudas tranquilamente, sin prisa, y entras a la ducha. Dejas que el agua caiga sobre tus hombros un buen rato. Nunca hay tanta sequía como dicen, y la sensación que produce esa lluvia en tu espalda es impagable... Un rato después te colocas frente al espejo. La parte más importante de todas. Porque no sólo basta con estar limpio. Tienes que ser consciente, también, de que eres atractivo. Da igual que te sobre algo de peso o que te falten unos quilos, que tengas muchos músculos o que no tengas ninguno, que te dejes o no crecer el pelo. Sólo importa que tienes que gustarte. Es el primer paso para conseguir gustar al resto.


Hay un bulo entre la heterosexualidad más recalcitrante que dice que un homosexual puede excitarse todos los días mirándose al espejo. Y nosotros siempre decimos que es mentira, aunque es completamente cierto. Un cuerpo como



el nuestro siempre puede resultarnos atractivo, aunque sea el nuestro mismo. Y podrá parecer algo narcisista, pero no me importa en absoluto. La maravilla de los espejos es que son capaces de ponernos enfrente todo aquello que deseamos. Pero sólo a los homosexuales, y sólo a los que nos queremos lo suficiente para considerarnos atractivos, sea cual sea nuestro aspecto. Egocéntrico, sí, pero importante. No tendrás un cuerpo hermoso hasta que no pienses que lo tienes, hasta que no te creas capaz de tenerlo. Pero, por lo que veo, tú te consideras quizá más atractivo de lo que debieras. Me lo dice eso que crece ahí abajo, rozando con el borde del lavabo...



*¿Qué vas a hacer ahora? Puedes salir de casa corriendo, que llegarás tarde, y reunirte con tus amigos en el capítulo 7, o puedes quererte a ti mismo un poco en el 34, tú ya me entiendes.*



## 6

Sigues al dios hecho carne hasta el lugar donde se encuentra su amigo y... ¡La madre que lo parió! ¡Pero qué ser humano más horrendo! No es que sea feo, es que es hasta incómodo. Sólo con estar a su lado notas un sudor frío, como si tuvieras que recitar la tabla de multiplicar —¿a que tú tampoco te acuerdas?—. Es que es muy feo, oye, que muy feo. Horrible. Feo como un cáncer o una novia de Picasso. Pero tienes que comportarte, así que disimulas la cara de espanto y finges una sonrisa.

—Este es Agustín —dice el hombre atractivo que te ha engañado vilmente.

—Encantado —comentas, considerando si debes salir corriendo o la única salida es prenderte fuego allí mismo.

—Igualmente —dice el ser que tienes delante—. Y, dime, ¿tú tienes novio?

Y entonces le cuentas la triste historia de un marido muerto en la guerra o el terrible accidente donde tu novio murió sepultado bajo un camión que llevaba gallinas desde Cuenca a Badajoz. O que sí, que tienes un novio majísimo que vive en Rusia y te manda rublos para que te compres ropa interior. O cualquier cosa, pero que sea rápido para que puedas volver cuanto antes junto a tus amigos y escapar de este personaje con el que tendrás pesadillas por lo menos tres meses.

*Ve corriendo hasta el capítulo 9 y no le mires a los ojos. Podrías convertirte en una estatua de sal.*

## 7

Acabas de bajar del bus y llamas a David para saber dónde está.

—Hola.

—Oye, que dónde estáis.

—En la plaza, de botellón.

—Uy, qué glamour... ¿Me habéis comprado algo?

—Hay de todo.

—Vale, llego en dos minutos.

Calle arriba, a la izquierda, y llegas a la plaza. Tirados en una esquina están David, Alberto y Mario. También un chico que no conoces. Será uno de los ligues de Mario, y tendrás que aprenderte un nombre nuevo aunque no lo vuelvas a ver en tu vida, que es lo más probable.

—Hola.

—Hola. Éste es Jaime —dice Mario.

—Encantado —finges.

—Igualmente.

Y te sientas con ellos. Dice David que en un rato vendrán Jorge y César, que han ido al cine a ver no sé qué. Alberto y Mario están enredados en una discusión sobre política tan entretenida que no te apetece nada escucharla. El chico nuevo, Jaime, mira a Mario con cara de admiración. Pobrecito. Si él supiera que, como de costumbre, una vez haya pasado por su cama no le volverá a llamar...

—Pues digas lo que digas yo creo que tienen parte de razón —dice Alberto.

—Para nada, con las armas no van a llegar a ninguna parte —responde Mario.

—Pero si no les dejan hacerlo por la vía legal, ¿qué quieres que hagan?

Y a ti el problema vasco te importa muy poco un sábado por la noche. Que es importante, que es complicado, lo que quieras, pero hay tiempo para hablar de cualquier cosa y un sábado no es el día —la noche— más indicado para esto. Aunque a ellos les encante dar la lata con las bombas, los navarros y estas cosas.


—Pues a mí me encanta la cultura vasca y creo que tienen todo el derecho a defenderse —dice Alberto, que sigue con el tema.

Tú, con el vaso en la mano, ignoras la conversación y prefieres dedicarte a mirar pasar la gente. Una parejita atraviesa la plaza. Tan monos. Romperán de aquí a dos semanas, pero en el fondo dan envidia.

—Mira —dice David—, ése de ahí no está nada mal.

—Anda, ponte las gafas —le corriges—, que es feo como un demonio. Y además es policía, ¿no ves el uniforme?

Y vosotros allí, bebiendo en la calle. Pues qué gracia. Desde que pusieron leyes anti-botellón no hay quien viva a gusto. Habrá que inventar el botellón itinerante, en plan



Semana Santa. Ahora os toca correr, para que no os pongan una multa. Si es que no hemos avanzado nada en cuarenta años, haciendo carreras delante de la policía. Si por lo menos fuera detrás... Pues nada, te toca correr, aunque puedes hacerte el loco y quedarte allí sentado. Tú decides.

*Si quieres echar a correr e intentar huir de la policía, pasa al capítulo 11. Si prefieres quedarte sentado y arriesgarte, ve hasta el 48.*



## 8

Tal vez deberías haber pedido un abogado. De este modo es posible que te pases aquí la noche con tus queridos amigos el yonqui y la prostituta. Bueno, siempre podrás montar un grupo de música o una compañía de circo. «Vean ustedes al inigualable yonqui, que grita “Viva la Virgen” cada diez minutos. No se pierdan a nuestra acróbata del colchón, única en su especialidad». Estoy seguro de que sería un éxito. Por lo menos yo iría a reírme un rato.

Pero no te queda otra que esperar. Y esperar, y esperar, y esperar. Y te aburres como una ostra. Estás enclaustrado en una celda fea de una comisaría fea con policías feos y ni siquiera puedes alimentar tus filias con el cuerpo de policía. Que vaya cuerpo. Ya me gustaría verlos correr detrás de los ladrones. Sería mucho más divertido que el circo que tienes montado, porque al yonqui le ha dado por contarte su vida y no te queda más remedio que escucharle. La otra opción es arrancarte las orejas.

—Joe, tronco, dos horas ke llevo akí y no ha venio ni Kristo —te dice. No es que a mí se me haya olvidado escribir, es que es yonqui y habla así, con faltas de ortografía.

—No tardarán —le dices, rezando para que sea verdad.

—Ej ke hay ke joerse kon los maderos éstos. No pué

uno ni pinxarse en la kalle trankilamente...

—Es que el mundo está muy mal...

—Y peor ke se va a poner, ¿no te jode? Mira, yo el día ke no vengo pa aká es porque debe olvidársele al poli txungo ese ke anda por ahí. Pero klaro, komo uno es un pintas, pos siempre se piensan ke uno va a robar a alguien o a kedarse muerto en un portal. Pero tú tienes kara de niño bueno, ¿Ké koño haces aquí?

Tampoco es tan horrible. Vale que tenga toda la pinta de un drogadicto cualquiera, pero no es exagerado. Con sus ojeras, su ropa sucia... Pero es joven y no tiene mal aspecto del todo. Claro que también es posible que lleves aquí demasiado tiempo y empieces a pensar del revés...

—Es que no tengo carné... —lo demás mejor te lo callas.

—¿Y por eso te han pillao? Pues una de dos, tronko, o eres más pardillo de lo que pareces o ej ke los maderos éstos son más txungos de lo ke yo pensaba. Pero una kosa te digo: tú trankilo, ke seguro ke de akí a un rato te sueltan. A mí me pillan kada dos por tres y salgo siempre la misma noxe. Y todo por kulpa de ke hace ya un porrón de tiempo una zorra me dijo ke si kería una rula, le dije ke guay, y empecé de una kosa a la otra y fijate cómo he terminao, ke ya nadie diría ke yo tenía una kasa y un xalé kon piscina y ke era un tío guay y kon trabajo. Ahora la peña me mira y le doy miedo. Así ke ya sabes, xaval, drogas no. Te lo dice un yonki, ke sabe de esto. Tú dices ke no y así me lo kedo

yo todo, ¿va? Ja ja ja. Oye, ke a todo esto, ¿tú no tendrás por ahí un euro pa komprarme luego un bocata?

Vaya charla. Yo que tú intentaba sacar la cabeza entre los barrotes, porque si no vas a tener que cargarte a este pesado, a la de al lado por no decir nada y a todo el que se te plante delante. Pero yo insisto que es culpa tuya, que ya podrías haber decidido otra cosa. Aunque no te preocupes demasiado, que suenan ya pasos por el pasillo y es el «poli bueno», que viene a buscarte.

—¡Tú! Ya está todo hecho y puedes marcharte. De aquí a una semana te llegará una carta y todo eso. Vámonos.

Acompañas al policía y el yonqui te dice adiós. Te encuentras de nuevo en la calle, dispuesto a seguir tu noche. O no, que después de esto puede que no te queden ganas de nada. ¿Qué prefieres, buscar a tus amigos, montarte un plan tú solo o, mejor, marcharte a casa?

***Si quieres volver a casa, pasa al capítulo 31.  
Para seguir tu noche puedes encontrarte con  
tus amigos en el 24 o pensar qué te apetece  
hacer sin ellos en el capítulo 41.***

## 9

Quieren irse. Tus amigos tampoco aguantan más tiempo dentro de La Antártida y salís a la calle. Quieren marcharse a casa. Dicen que por hoy ya está bien, y quizá tengan razón. Pero de pronto tu teléfono móvil hace un sonido estridente y recibes un mensaje:

«Me he quedado con ganas de hablar + contigo. Si quieres quedamos dentro siempre dentro de 1 rato. Bso, Dani».

El que faltaba, tu ex. Parece que se acuerda mucho de ti los sábados cuando no encuentra un plan mejor. Pero no hay mal que por bien no venga. Con él tienes una opción más para quedarte por aquí un rato. Aunque es una idea un tanto arriesgada, por no decir suicida. Puedes volverte a casa, quedar con Dani o dejar que tus amigos se marchen y buscarte la vida tú solo. Rápidamente barajas las posibilidades para escoger la que consideres mejor. Pero no te entretengas mucho o no terminarás nunca esta novela.

*Si quieres volver a casa, tienes que ir a coger el autobús en el capítulo 31. Si te atreves a tomar algo con Dani, llámale y queda con él en el 37. Y si tú solo te bastas y te sobras para divertirte un sábado noche, ve hasta el capítulo 41.*

## 10

<Tú> Hola.

<shawn> Hola, hola.

<Tú> ¿Qué tal?

<shawn> Nada, aquí pasando el rato.

<Tú> Ahm... ¿Y cómo lo estás pasando?

<shawn> Divinamente. Estoy intentando quedar con alguien hoy, que me han dado plantón y no quiero quedarme en casa.

<Tú> ¿Y qué pretendes hacer esta noche?

<shawn> Yo qué sé, dar una vuelta por ahí, para que me dé el aire.

<Tú> Bueno, pues si quieres...

<shawn> ¿Sí?

<Tú> ... podemos vernos y tal.

<shawn> ¡Vale! Anota mi dirección. Vente para mi casa, bebemos algo y luego salimos.

El chico parece simpático. Incluso te ha invitado a su casa y todo. Igual es una persona interesante. O, por lo menos, no uno del montón. Pero tienes que decidir tú. ¿Quieres ir a casa de <shawn> y conocerle o prefieres pasar de él, buscar otro chico en el chat o salir con tus amigos?

*Si quieres ir a su casa, pasa al capítulo 46.  
En cambio, para seguir chateando, ve al 38 y habla  
con otra persona. Para marcharte con tus amigos sigue  
leyendo en el capítulo 5.*

## 11

Para que luego digan que no haces deporte. Si la gente supiera lo complicado que es hacer un botellón no le pondrían tantas pegas. Hay que conseguir que te vendan alcohol, buscar un sitio solitario y, encima, hacer carreras para escapar de la policía. Carreras, además, con una bolsa de hielos, una botella de ron y un vaso en la mano.

Pero vosotros habéis conseguido escapar y no paráis hasta llegar a un callejón que queda al lado de otra plaza más grande aún, pero por donde nunca pasa nadie, ni siquiera la poli. Así que os ponéis a beber de nuevo, ya más tranquilos. Jorge y César vienen de camino mientras Alberto y Mario siguen con su charla política y David entretiene a Jaime, el chico nuevo. Tú te aburres soberanamente, y estás al borde del suicidio cuando llegan los del cine y saludan.

—Hola, Tú —te dice César—. Oye, van a hacer un concierto en la plaza de al lado, ¿os parece que nos acerquemos?

Un concierto en una plaza... El Ayuntamiento cada día se esfuerza más en tener contentos a los mariquitas del lugar. No sé si creerán que con tonterías así van a conseguir tu voto. Bueno, el tuyo quizá no, pero hay tanto descerebrado suelto... Tus amigos dejan que tú decidas —son tan simpáticos y entregados como yo—, ¿quieres ir a ver qué hay o prefieres quedarte aquí y terminar el botellón?

*Si quieres ir al concierto, pasa al capítulo 13.  
Si prefieres quedarte tirado en el suelo  
alcoholizándote, vete hasta el 17.*



## 12

Sigues bailando con tus amigos y empiezas a estar cansado, así que decides que será mejor sentarte un rato y buscas por toda La Antártida una silla, sofá o cualquier otra cosa que pueda servirte. En un rincón encuentras un taburete donde puedes descansar mientras observas cómo tus amigos bailan y pasa gente de todo tipo desde la pista a la barra, de la barra al baño, del baño a la calle... Hay más de uno que te resulta atractivo. Rubios de cuerpo perfecto, morenos entrañables, modernos, chicos de gimnasio, locas haciendo piruetas, alguna mariliendre despistada y muchos gays de los que se compran en Zara. Todos bailando la misma música machacona con diferentes pasos de baile. Un tumulto donde nadie destaca, menos un chico de pelo castaño, algo bajito, que te mira a escondidas y hace comentarios con una amiga.

Un chico llega hasta tu lado. Te mira. ¿Irá a pedirte algo? Se te acerca más. Te pones nervioso. Tiene un aspecto muy raro, parece estar drogado. Y mientras tú consideras si deberías salir corriendo se te acerca al oído y te pregunta:

—Oye, tío, ¿quieres una rula?

Y ahora viene la pregunta: ¿Drogas sí? ¿Drogas no? Yo sé muy bien lo que haría, pero tú debes decidir si se la aceptas o sales a escape hasta donde están bailando David y los demás...

*Si quieres salir corriendo, ve al capítulo 49,  
pero si prefieres aceptarle las drogas que te ofrece,  
asume la responsabilidad y pasa al capítulo 39.*


## 13

En la plaza os encontráis con un montón de gente, todos alrededor de un escenario algo destartalado. Nadie sabe quién va a tocar, pero la humanidad es así de simple. Dales algo gratis y lo cogerán, sea lo que sea. Con todo, para una vez que el Ayuntamiento se gasta el dinero en algo, merece la pena verlo aunque sólo sea para poder criticarlo después.

Poco a poco os vais haciendo un hueco entre el público, terminando lo poco que os quedaba por beber. Entonces aparece en escena un hombre que anuncia al grupo que os va a hacer pasar el rato: «Con vosotros... ¡Sartenmango!». Y piensas si habrá sido buena idea venir. Estos cantantes tan modernos a veces dan ganas de recuperar la Inquisición, que era muy útil para quitarse del medio a las cuatro o cinco mariquitas que querían destacar. La modernidad mal entendida es algo ya demasiado antiguo. Bueno, la modernidad en sí misma ya está pasada de moda, y mira si eso puede ser contradictorio. Pero el caso es que la gente aplaude y, ya que me has traído hasta aquí, me dejarás que te obligue a escuchar un poco de música.

Salen al escenario los cantantes. Son sólo dos, un chico en ropa interior con una boa de plumas —muy moderno, sí— y una chica algo bajita con un corte de pelo y una ropa bastante llamativa. Miedo me da...

—¡¡Buenas noches!! —dice la cantante—. Somos



Sartenmango y venimos a cantaros unas cancioncillas que aquí mi compañero y yo nos inventamos en el autobús camino de casa cuando salimos los sábados, aunque no os vayáis a pensar que son malas porque son canciones maravillosísimas llenas de arte, porque yo soy Arte, que lo sepáis, soy toda Arte, desde las uñas de los pies hasta las puntas del pelo, que además hoy me he hecho mechas y me sientan maravillosamente y me hacen muchísimo juego con el bótox y el maquillaje que además es Titanlux del caro. Pues eso, que somos Sartenmango, un grupo modernísimo que pertenece a un movimiento cultural muy importante en nuestros días y que vosotros seguramente no conoceréis porque sois unas incultas todas: el «mamarrachismo ilustrado», que no voy a explicaros de qué se trata porque es una cosa tan maravillosísima que ni yo misma la entiendo pero es Arte en estado puro y por eso mi compañero sale semidesnudo, para ser más puro y maravilloso todavía, porque la ropa estropea nuestros cuerpos y si no os lo creéis fijaos en Agatha Ruiz de la Prada que, aunque yo le copio algunos modelitos, pues no es decente ir por la calle vestida de mesa camilla, que luego la gente te busca el brasero y eso es una ordinariez. Y ahora, queridas mariquitas mías, os voy a cantar una canción importantísima que ha marcado un antes y un después en la historia de la música y se llama «Tira» y que os dedico a todos vosotros, que igual que el prota de la canción estáis perdidos y no sabéis qué hacer con vuestras vidas. A ver, el del sonido, que ponga el CD...

*¡Tira p'alante, tira p'alante,  
tira p'alante, hasta Alicante!  
¡Tira p'alante, tira p'alante,  
tira p'alante, hazte cantante!  
¡Tira p'alante, tira p'alante,  
tira p'alante, busca un amante!  
¡Tira p'alante, tira p'alante,  
tira p'alante, o un elefante!  
¡Tira p'alante, tira p'alante,  
tira p'alante, y nunca p'atrás!*

Y eso era todo. Ni más ni menos. El grupo este tan particular cantó algunos temas más. Y aunque habría que plantearse si es que estaban locos, en el fondo fue divertido ver a esa mujer pegando saltos por el escenario y al otro haciéndole los coros. Mario y Alberto han llegado incluso a discutir el contenido implícito de las canciones que, al parecer y según la opinión de Alberto, estaban llenas de experiencia vital. Lo que tiene que oír uno...

***Y ahora, después del concierto,  
ve hasta el capítulo 17.***

## 14

Te apartas con cuidado de la mano que te agarra por la izquierda. Con los ojos cerrados —total, para qué abrirlos— giras hacia la derecha y te dejas caer en los brazos del chico gordito. La sensación es agradable. Está blandito y puedes acomodarte sobre su cuerpo. Él, con un poco de torpeza, busca tu boca con la suya y te besa cuidadosamente, casi sin tocarte. Su abrazo de oso te levanta un poco del suelo. Estás volando sobre el chico gordito del cuarto oscuro. Es tu turno y das comienzo al festival de carne: levantas su camiseta para sacarle la barriga y notas cómo roza con el pelo tu ombligo, que el osito ha desnudado poco antes de bajarte el pantalón. Te coge el paquete con una mano y agarra tu espalda con la otra. Tú le rodeas la cintura con los brazos. Abrazo de oso. Os besáis y notas cómo se enreda su vello con el tuyo. Recuerdas que alguien te dijo alguna vez que el pelo puede que no quede bien, pero que siempre hace compañía, y ahora lo entiendes. Sí, quizá este chico gordito y con sus pelos no sirva para una exposición. Pero sabe muy bien lo que te está haciendo y, además, te lo hace bien. Con cuidado, despacio, pero sin entretenerse en tonterías. Por eso sus manos bucean ya en tus calzoncillos y tú le correspondes haciendo lo mismo. Poco después se agacha y aprecias en los pezones la caricia de sus labios, que desciende cuidadosa hasta que empieza a succionar. Lo hace bien, sabe mover la lengua. Quizá demasiado bien,

te está gustando demasiado. Para ganar tiempo retrocedes un poco y ahora eres tú quien se arrodilla. Apoyas la cara sobre su barriga. Sientes que su carne te roza las mejillas. Es como abrazar el mundo: suave, tranquilo y caliente. Un buen lugar para vivir. Pero no te detienes demasiado tiempo en estas reflexiones. Sigues con tu trabajo. Rozas con los labios las ingles de tu gordo. Ya no tienes junto a tu cara el mundo. Sólo un edificio, alto y ancho pero no excesivo, que te metes en la boca apretando con las manos su cintura. Mueves los labios, la lengua. Haces los malabarrismos oportunos. Él suelta un gemido. Luego otro. Y sus manos te levantan de nuevo hasta su altura. Te besa. Baja los brazos por tu espalda, te coge el culo con la derecha mientras te masturba lentamente con la izquierda. Tú sigues sus movimientos. Primero con las manos en el cuello. Luego dejándolas caer. Una entre sus muslos. La otra en el sube y baja de la masturbación. Os besáis. Os gusta lo que estáis haciendo. Pero llega un momento en que ya no puede gustaros más y casi al mismo tiempo estalláis cada uno sobre el cuerpo del otro. Él te ha manchado el ombligo. Tú le dejas sobre la tripa un recuerdo. Y allí acaba la historia. Con un adiós se echa atrás y se escucha el sonido de la ropa volviendo a su sitio. Y unos pasos que se alejan te recuerdan que tú también deberías volver junto a tus amigos.

*Y ahora ya puedes volver al capítulo 54.*

## 15


Hay pocas cosas más agradables que caminar junto a alguien que te cae bien. Aunque acabes de conocerlo. Pero debe ser siempre a paso lento. Porque, como en esta novela, lo importante no es llegar al final, sino avanzar apreciando cada uno de los pasos. Incluso los tropezones y las caídas pueden ser maravillosos si se tiene al lado a alguien que te sujete a tiempo.

Así Álex y tú empezáis a caminar, de calle en calle, de plaza en plaza. Paráis en los escaparates, comentando si tal cosa o tal otra os gusta o no. Y coincidís, normalmente. Otras veces no, y casi es más divertido. Álex hace algún comentario sobre el mal gusto que tienes. Tú insinúas que sólo le interesan las cosas raras. Mejor así. Álex es raro porque te gusta, porque es diferente.

No dura mucho el paseo. Después de comprar algo para beber os sentáis en la plaza del templo. Compartís alguna intimidad: le hablas de cualquier tontería que te interesa, te cuenta alguna de las cosas que más le importan. Y parece mentira, pero cada vez te cae mejor. Primero te cayó simpático y te pareció atractivo. Ahora tienes una conversación de esas que te gustaría que durasen toda la vida. No es que yo lo exagere. Es que son esos momentos, precisamente, los que mejor nos acercan a la idea de la eternidad. La eternidad no es más que un momento que debería durar para siempre.

La conversación, como era de esperar, empieza a ser





cada vez más tonta. Más superficial. No es que os hayáis cansado. Ahora cada uno piensa en otra cosa. Notas que Álex te escucha desde lejos. Tiene en los ojos —oscuros, por cierto— un reflejo que te dice que pretende algo más que sólo oírte. Y tú sientes lo mismo. Paseas la mirada de sus ojos a sus labios. Y quieres empezar a hablarle con otro lenguaje, mucho más universal, mucho más hermoso. Un lenguaje cargado de eternidad. Será por eso que habláis de las cosas más absurdas que me puedo imaginar. Él se queja del calor, tú comentas que la luna está más llena que otras veces. Y entonces sucede. El Beso, con mayúscula. Porque será el más importante, el primero de todos. El único que recordarás eternamente. Pero la cosa, claro, no termina ahí. Después del uno viene el dos. Y no hay dos sin tres. Y así podría estar yo contando durante muchas páginas. Pero el papel está caro y yo respeto mucho el Amazonas. Imagina tú los besos, yo sólo te digo que existieron.

Lo malo es que todo acaba y la vida eterna no dura nunca más de dos horas. Álex tiene que marcharse y tú debes enfrentarte a una nueva decisión. Te ha pedido que le acompañes. De ti depende prolongar este momento o dejarlo pasar. Puedes quedarte con Álex o intentar verle otro día y buscar a tus amigos, que siguen esperándote.

*Si quieres acompañarle, adelanta hasta el capítulo 67. Si por el contrario prefieres marcharte con tus amigos, ve a su encuentro en el 24.*

## 16

«Putita, dnde t has metido? Nosotros nos vamos, q estamos cansados. Mañana hablamos. Portat bien».

Con este mensaje de David, que encuentras en el móvil nada más dejar que Álex se vaya, descubres que te has quedado más solo que la una. Has dejado escapar a un chico que te gustaba, se han ido todos y no tienes con quién seguir la noche. ¿Y ahora qué vas a hacer? Supongo que lo más lógico, lo que yo haría, es volver a casa, que ya tienes bastante por hoy. Aunque no sé cómo te planteas tú las noches. Igual eres una descarriada de las que llegan por la mañana después de desayunar, con las ojeras saludando a tus vecinos. En este caso, se me ocurren varias cosas que podrías hacer tú solo, sin que te hicieran falta tus amigos. Decide tú, que no va a ser ésta la primera vez que lo haga yo en tu lugar. De ti dependen tus propias equivocaciones. ¿Quieres volver a casa, que ya es bastante, o prefieres continuar la noche sin amigos?

*Para coger el bus debes avanzar hasta el capítulo 31.*

*Para apurar la noche a tu aire ve hacia el 41,  
donde encontrarás muchas cosas con que entretenerte.*

Ya casi no os queda alcohol. Ni hielo. Ni nada con que entreteneros. Así que va siendo hora de levantar el campamento y marcharse a otro sitio. Pero hay tantas cosas que hacer un sábado por la noche... Lo de los botellones está bien, no te digo yo que no. Es algo infantil, pero a mí siempre me ha gustado mucho la calle y estar sentado tranquilamente con tus amigos viendo la gente pasar es una maravilla. Bueno, era, porque cualquier día también estará prohibido sentarse en la calle. Son cosas de estos tiempos, supongo. Aunque el día que yo tome el poder... Supongo que seré más duro como gobernante que como narrador.

Tus amigos te preguntan que a qué sitio prefieres ir. La carrera delante de la policía te ha dejado agotado y además tú no querías salir hoy. Te entran ganas de marcharte a casa, pero David insiste para que te quedes un rato más. Dice que podéis ir a un bar que hay por aquí cerca, que se está tranquilito y ponen música buena. El Infinito, se llama. Además han abierto una discoteca nueva, La Antártida, que te hace gracia por el nombre, pero es posible que sea demasiado pronto para ir y no haya nadie aún. Quizá lo del bar ese no esté tan mal. Aunque estás cansado, te gustaría marcharte, a pesar de que David te suplique. Y también es cierto que la conversación de Mario y Alberto te ha dado bastante dolor de cabeza

y sientes la necesidad de alejarte un rato de tus amigos y estar un poco a tu aire... Tú sabrás qué prefieres hacer.

*Si quieres volverte a casa, coge el autobús en el capítulo 31. Si haces caso a David y te quedas un poco más, puedes decidir si vais a El Infinito, y pasar al capítulo 19, o marcharos a La Antártida en el 44. En cualquiera de los dos casos, es un viaje prometedor... También te doy la posibilidad de montarte un plan por tu cuenta, sin amigos que hablen de política, en el capítulo 41. Elige pronto y bien, que me tienes en ascuas.*

## 18




Entras en el baño de La Antártida, te diriges hacia uno de los urinarios y empiezas a deshacerte de gran parte de las cosas que has bebido esta noche cuando notas que alguien que entró justo detrás de ti se acerca y se pone a tu lado. Al principio no miras, por aquello de la educación, pero poco a poco te vas dando cuenta de que tu vecino en realidad no está usando el urinario como debería. Y no es que se esté lavando los dientes, es que simplemente te está enseñando lo que tiene entre las manos. Tú te sientes un poco violento. Esto de ligar en los baños es extraño, hay ciertas cosas que requieren un poco de intimidad. Pero el chico sigue ahí, esperando que reacciones. Miras de reojo. Es joven, se podría decir que guapo. Bajo la ropa adivinas un cuerpo bien formado. Y tiene una cara simpática. Bueno, todo lo simpática que puede ser una cara en esa situación, claro está. Moreno, de ojos oscuros. Muy común, sí, pero con algo especial. Quizá su forma de sonreír, que tú adivinas maravillosa debajo de su mueca un tanto obscena. Miras con más detenimiento y observas que el juguete que esconde entre las manos no es nada desdeñable... Pero, ¿qué vas a hacer? Como de costumbre decides tú: ¿Intentarás descubrir qué puede ocurrir con este chico o te olvidarás de él y volverás con tus amigos?

*Si quieres seguirle el juego al chico del baño,  
ve hasta el capítulo 58. Pero si prefieres salir de allí  
cuanto antes, termina de una vez y vuelve al capítulo 44.  
Y lávate las manos.*

## 19

No era para tanto. David te habló de este bar como si fuera una maravilla y no deja de ser un pub cualquiera. El Infinito es un sitio tranquilo, con mesas para poder sentarse y charlar un rato, pero quizá aquello de la buena música habría que replanteárselo. Y no es que esté mal, sino que no es precisamente tu estilo. Pero al menos aquí podréis hablar tranquilos, así que te sientas con tus amigos y pides algo de beber. Para vencer el aburrimiento te dedicas a meterte un poco con Jaime, el chico que esta noche ha llevado Mario con vosotros y que tiene cara de estar un poco asustado. No es para menos, porque apostarías a que es de las primeras veces que sale por el ambiente y, claro, tanto mariquita junto puede asustar a cualquiera. Tú haces alguna gracia intentando que el chico pase un poco de vergüenza y Mario te mira con ojos de estar pensando en asesinarte. En el fondo no te importa. Que aprenda a no presentaros cada fin de semana a un chico distinto, que madure un poco y deje de amargarles la vida a estos pobres jovencitos que piensan que con él han encontrado su príncipe azul. Pobrecitos. Si en el fondo cuando te metes con ellos les haces hasta un favor. Por mucho daño que llegaras a hacerles sabes de sobra que Mario se lo hará pasar mucho peor dentro de dos días.


Alberto te da conversación. Te dice que está encantado de que hayas salido hoy. Sabes que te tiene por uno



de sus mejores amigos, que te valora como persona, y eso es tan raro en estos ambientes que hay que tenerlo muy en cuenta. David está en su propio mundo, como suele, pensando en vete a saber qué cosas. Bueno, tú sabes que piensa en Alberto, porque ambos tienen un juego muy extraño del tipo «somos amigos y averigüen ustedes qué más». En ocasiones se comportan como una pareja y van a todas partes juntos. Y los celos de uno cuando el otro conoce a alguien son también dignos de pasar a la historia, sobre todo porque la mayor parte de las veces tienes que soportar tú sus quejas. César, por su parte, es genial. Guapo, simpático y muchas otras cosas que puedes imaginar tú solo y no hace falta que te cuente. Es el amigo con el que no te importaría pasar el resto de tu vida, porque sabes que él estaría ahí siempre. Pero sois sólo amigos, que conste. No vayas a malinterpretarme. Y Jorge... Es un caso aparte. Siempre tiene una palabra para añadir a cualquier conversación, ya sea para apoyar la idea más descabellada o para dar ánimos cuando hacen falta. Puede ser cruel, pero en el fondo es buena persona, y sabes que diga lo que diga lo hace siempre para bien. Resumiendo, que tus amigos son un caso: todos muy raros, cada uno de su padre y de su madre. Pero son tus amigos. Y por eso, en el fondo, no te importa pasar con ellos una noche más, aunque hubieras preferido quedarte en casa viendo películas.

Pero de repente, mientras por primera vez hoy nadie





discute sobre política y habláis tranquilamente, escuchas a tu espalda una voz que te llama por tu nombre. «¿Tú?» te dice, con un tono que te resulta extrañamente familiar. Y vuelves la cabeza y allí está Él, con mayúscula, el primero. Es Simón, el primer chico que te gustó de verdad. Ahora sabes que aquello no era amor, al menos no como hoy día entiendes ese tipo de sentimientos. Pero sí, fue el primero que te hizo sentir tan mal que te sentías mejor que nunca. Simón no es de aquí. Lo conociste un verano, cuando tenías apenas catorce años. Como todos los años viajaste con tus padres al pueblo de tus abuelos y los amigos que tenías allí te presentaron a un chico nuevo, que veraneaba por primera vez en aquel lugar que parecía estar siempre fuera de fecha, porque la gente vivía como hace cincuenta años. Simón era tu complemento perfecto. Tenía todas las cosas que a ti te faltaban y tú eras todo aquello que él no podía ser. Por eso al principio no os soportabais y sólo después de aquella tormenta en pleno agosto, cuando os quedasteis solos y empapados en medio del campo y no se os ocurrió otra cosa que empezar a hablar, comenzasteis a ser cada vez más íntimos. Con Simón comprendiste que a ti no te hacían demasiada gracia las chicas, a pesar de que tus abuelos te preguntaran si te gustaba o te dejaba de gustar la hija de éste o la nieta de aquél. Pero Simón no lo entendió nunca. Después de todo lo que compartisteis ese verano siguió actuando como siempre, conociendo a la hija de uno y besando a la nieta

del otro. Simón no lo entendió nunca... Aunque ahora te lo hayas encontrado aquí.

—¿Simón?!

—¿Pero qué haces tú aquí? —te pregunta.

—Bueno, yo vivo aquí... Y he salido con mis amigos. ¿Y tú? —porque Simón y tú vivíais cada uno en una punta del país y no hubieras imaginado nunca que mi infinita maldad como narrador iba a provocar que te lo encontraras dentro de este pub.

—Ya ves... Cosas de la vida. Hace unos años me vine a vivir aquí. Pero cuéntame, ¿qué es de tu vida?


Qué sorpresa. No te lo esperabas, lo sé, pero aquí está. Y parece que no sólo te ha saludado por cumplir, sino que verdaderamente tiene interés por saber qué ha sido de ti. Ahora eres tú el que tiene que decidir, ¿quieres hablar con él o prefieres despacharlo rápido y seguir charlando con tus amigos tranquilamente?

*Para saber qué cosas puede contarte Simón, pasa al capítulo 23. En cambio, si ya no te interesa, que sería normal después de tanto tiempo, sé agradable con él, cuéntale brevemente tus últimos años, despídelo con educación y quédate con tus amigos en el capítulo 29.*

## 20

Hay gente para todo, y Shawn pertenece a uno de los todos más curiosos. Quién te iba a decir que nada más salir del baño te lo ibas a encontrar tirado en el sofá tan desnudo como está ahora mismo. Y no es que sea algo que te desagrade, que si no te habrías marchado corriendo. Sólo te sorprende. Te sorprende gratamente mientras Shawn te mira pidiéndote que reacciones. Y no se te ocurre más que acercarte despacio, casi con vergüenza —que es normal, porque tú sigues vestido y eso a veces da un poco de corte—, observando despacio el cuerpo de Shawn. Está bueno, sí. Una delgadez tranquila que deja ver sus músculos ligeramente marcados. Aunque lo más curioso es la normalidad con que está tumbado, como si para él fuera algo muy normal dejar claro que quiere sexo de una manera tan particular.

Te acercas a Shawn y de un modo tímido, casi infantil, le das un toquecito en el hombro con tu rodilla. Te mira a los ojos y tira de ti hacia abajo. Te tumba en el sofá. Tú te dejas hacer. Parece que le gusta llevar la voz cantante. Se te ha subido encima y empieza a meterte mano de una forma tan obscena como era de esperar. Apenas te besa. Pasea sus manos por todo tu cuerpo. Primero por el pecho, quitándote poco a poco la camiseta. Luego sigue bajando. Te quita el pantalón. Él muestra una erección más que importante. Yo me figuro que tú estás en la misma situación



prácticamente desde que saliste del baño. Y él lo sabe. Por eso quiere dejarte completamente desnudo, para jugar mejor contigo. Parece ser que el chico no sólo era simpático.

Estás un poco alucinado. No me extraña. Con toda tu ropa tirada por el suelo dejas que Shawn ponga sus manos y su boca donde quiera. Lo hace extremadamente bien. Experimentado. Pasea la lengua por tu pecho, baja hacia el ombligo, se detiene allí un rato. Tú con los ojos cerrados. Sientes cómo se la va metiendo en la boca. Su lengua se mueve, te hace cosquillas. Le coges del pelo, de las orejas. No sabes si ser cariñoso o tan brusco como él puede ser en algunos momentos. Porque te la chupa rápido, sin detenerse en los detalles, mirándote a los ojos. Una mano puesta en tu pecho, otra en el culo. Disfrutas hasta que se detiene y se acerca a tu cara. Te muerde el cuello y te masturba. Frenéticamente. Te va colocando un condón. Tú, ya confiado, empiezas a usar las manos, preparándole para lo que haréis después. Primero un dedo, luego dos. Le miras a la cara. Mueca entre placer y concentración. Coge tus manos con su izquierda y las sujeta por encima de tu cabeza. Su derecha te ayuda a ir entrando en él. No te deja moverte, él lo hace todo. Tú sólo respiras con cuidado, guardando el ritmo. Él se mueve, arriba y abajo. Tú notas cómo entras y sales, cada vez más rápido, sin casi poder controlarte. Hay quien dice que cuando uno va a morir recuerda toda su vida. El sexo es parecido. Nos regala las ideas más maravillosas. Pero también las más horribles. Algunos piensan

en Dios. A otros les da por llorar. Hay gente que recuerda. Gente que imagina. Tú apenas puedes pensar. No vas a durar mucho más. Parece que él tampoco. Y no tarda mucho en ordenártelo: «¡Córrete!». Obedeces mientras sientes cómo Shawn te va manchando el pecho.

—Bueno, será mejor que te vayas. Mañana no puedo levantarme demasiado tarde.

—Está bien —le respondes, casi cabreado por descubrir que tu viaje era sólo para esto. Recoges tu ropa. Después de un «hablamos» que sabes que no es cierto sales de su casa. Bueno, ha estado bien, aunque quizá no fuera precisamente lo que tú andabas buscando. ¿Y ahora qué? Aún estás a tiempo de buscar a tus amigos, si es que no estás cansado y prefieres volver a casa. Y siempre te queda una tercera opción: divertirte por tu cuenta...


***Puedes llamar a David e ir a buscarlo en el capítulo  
62 o marcharte a casa cogiendo el bus en el 31.***

***Y también, claro, puedes entretenerte  
tú solo en el capítulo 41.***

## 21

Odias viajar en autobús. Y más aún los sábados por la noche, que hay que pegarse por un asiento y tener cuidado para evitar que cualquier niño demasiado alcoholizado y demasiado heterosexual te desgracie la vuelta a casa. Pero aquí estás, como cualquier otra noche, volviendo solo. Una lástima, sí. Qué le vamos a hacer. Aunque lo peor no es eso. Es que a todo el mundo le da por coger el autobús a estas horas. No cabe un alfiler. Hay dos pijas detrás de ti cuya conversación te da ganas de tirarlas por la ventana. Con suerte pasará un taxi... Y dos pesadas menos en el mundo. También una pareja comiéndose a besos, uno que se duerme, otro que está bueno y una mujer mayor vestida de un modo extraño. Además, para completar el desfile de figuras, el conductor, con una cara de mala leche que puede pasar a la historia entre el retrato de Inocencio X y la foto de carné de Hitler. Qué asquito, por Dios, qué asquito...

Pero, ¿y esto? El tío bueno aquel parece que te está mirando. Claro que es posible que esté pensando en las musarañas o comiéndose con los ojos a alguna de las pijas insufribles. Pero te ha sonreído cuando le mirabas... ¿Habrá bebido? ¿Será un loco que espera que le digas algo para poder robarte? Todo es posible. Por la noche pasan cosas muy raras. Pero el chico te sigue mirando y sonríe. Y vaya, está muy bien. Delgadito con ojos azules. Muy mono. ¿Qué se supone que tienes que hacer? Tú le miras



y le sonrías, jugueteando. Mira que si va a resultar que en el autobús te vas a encontrar con el hombre de tu vida... Aunque es demasiado retorcido. Posiblemente sea uno que busca algo rápido antes de irse a casa. Pero oye, que a nadie le amarga un dulce y el chico parece una tarta entera. ¡Se ha levantado! ¡Y se acerca! Y sí, sí que está bueno. Se detiene frente a la puerta y sigue mirándote. Ahora que lo ves de cerca, descubres que su mirada no deja lugar a dudas. Éste quiere algo contigo, seguro. ¿Pero en el autobús? ¿Y si es todo una paranoia y le dices algo y te parte la boca? La de cosas que tiene que hacer uno... Yo creo que deberías decirle algo. Y como soy yo el que escribe esto, he decidido que vas a hacerlo. Aunque tienes que pararte un minuto para pensar qué frase más o menos ingeniosa puedes soltar, que lo de «yo me bajo en la próxima, ¿y usted?» queda un poco antiguo. Tanto que hay una película de Concha Velasco. Y tú a esa señora no te pareces en nada. Bueno, vale, sólo a veces...


¿Pero en qué estás pensando? Mientras discutías contigo mismo si el chico se te insinuaba o no, el autobús ha parado, la puerta se ha abierto y el que podría ser el hombre de tu vida —o al menos el de esta noche— baja a la acera sin dejar de mirarte, cada vez con más cara de lujuria. Tienes apenas dos segundos para pensarlo, ¿bajas corriendo del autobús y le sigues, o desistes y te vuelves a sentar? Tú sabrás. Pero el que quiere coger peces...

*Si quieres seguirle, adelanta hasta el capítulo 56.  
Si no quieres arriesgarte, ve al 69.*




Salís de La Antártida y agradecéis el aire de la calle. Puede parecer una paradoja pero, aunque haya pocas cosas más frías que una discoteca de ambiente —sobre todo cuando se llaman como ésta—, hace siempre un calor insoportable. Eso por no hablar del ruido, que ha sido lo que os ha hecho salir y sentaros en un banco para seguir charlando. No es un gran lugar, pero ahora podéis hablar más tranquilos y conoceros mejor. ¿Quién te iba a decir que acabarías compartiendo unas risas con el chico a quien mirabas de reojo hace un rato? Ya ves, cosas que tiene la ficción.




Poco después de dejaros caer sobre el banco abandonáis la «conversación-pasillo», ésa que sirve para que no reaparezca el hielo del primer momento y que no tiene nada de profunda, y empezáis a contaros cosas más importantes. Álex te habla de sus gustos, que no tienen nada que ver con los tuyos. A ti, al principio, te parece una contrariedad, pero poco a poco descubres que no es algo tan malo. Que tú prefieras entretenerse con cosas que él detesta es, en el fondo, una buena forma de encajar. Como en los puzzles, una pieza se hace compañera de otra que tiene un hueco donde la primera tenía un saliente. Sólo hay que limar asperezas y la unión puede ser perfecta. Pero no hay que correr de momento, las cosas se disfrutan mejor despacio. Así que seguíis conversando. Él te cuenta su vida, pequeñas cosas que en ese momento le parecen im-



portantes, historietas divertidas de sus padres, que deben ser dos personajes de lo más interesantes, cuentecillos casi absurdos de sus varios ex-novios, anécdotas de su trabajo, de sus estudios... Tú le cuentas qué fue de ti antes de llegar a esta novela. Como comprenderás no tengo la menor idea de qué quieres contarle. No soy un narrador omnisciente, sólo omnipresente. Así que te dejo que le hables de tus cosas mientras yo sigo con las mías.


Dicen que conversar es un arte. Yo creo que, más que algo artístico, es casi una obra de ingeniería. Hay que saber dónde colocar cada pieza, con qué otras encajarla y en qué momento. Cuando Álex dice que ahora está soltero debes lanzarle una indirecta. Está claro que te gusta y que tú le gustas a él. No vale la pena hacerse el interesante. No empieces con cuentos. Ve diciéndole cosas que no tengan nada que ver con lo que piensas sobre él, pero que le dejen adivinarlo. No le digas que te gusta, dile que es muy simpático. Si se queja de que nadie le tira los tejos, es para que tú lo hagas. Lánzale un cascote y dile «con lo atractivo que eres...». O acércate un poco más, acarícialo el brazo y sonríe. Si la conversación es cada vez más tonta es el momento de que pronuncies con el cuerpo lo que aún no te atreves a decir. Cuando las palabras encogen crecen las manos. Son formas de comunicación complementarias. No dejes de hablar, pero tampoco de moverte. Una sonrisa a tiempo, un empujoncito, son tan importantes como una buena frase. Él lo está haciendo así, síguele la corriente. Si







dice que le gustan tus manos es para que cojas las suyas. Si dice que le gustan tus brazos quiere que los pongas por detrás de su cintura. Pronto hablará de tus labios. Si no lo hace, puedes recurrir a algún tópico. Decir que la luna está muy bonita es tan cursi que incluso da un poquito de asco, pero puede distraerle lo suficiente para que te dé tiempo a besarle. Para ayudarte ha cerrado los ojos. Ha dicho «qué bien se está aquí» y ha cerrado los ojos. No es que no quiera verte. Es que quiere que lo beses. Así que acércate con cuidado, bésale. Verás cómo responde a tu beso. Sí, lo has conseguido. Por fin os habéis besado. Y ya está roto todo el hielo. Ahora empieza la segunda parte de la farsa. Digo farsa porque en gran parte es todavía una ficción, un engaño para los ojos. Después del primer beso siempre nace un cariño mentiroso que todavía no es verdad, pero que puede llegar a ser cierto. Por eso hay que cuidarlo. Cuando Álex te abraza, te besa o apoya la cabeza sobre tu hombro no quiere decirte que te quiere, te dice que algún día puede llegar a hacerlo y que, con ese movimiento, confía en esa opción para el futuro. No creo que todo esto te sea desconocido. Alguna vez has tenido que pensarlo o hacerlo sin pensar. Así que deja paso a la ficción, porque puede convertirse en realidad, y representa tu papel para esta noche. Te toca ser el amante. Haz los movimientos y di las frases que te corresponden. Aunque no haya más público que vosotros dos, sabes que eres tu peor crítico.

Pero todo llega a su final. Álex te dice que tiene que



marcharse. Si no coge el autobús que sale dentro de diez minutos no podrá volver a casa. Te ha preguntado si quieres acompañarle. De algún modo es una invitación para seguir la historia. Podrías marcharte con él. Ya explicarías mañana a tus amigos que el plantón era un intento de ser un poco más feliz. Aunque fuera sólo por un rato. Pero también puedes confiar en la suerte, darle a Álex tu teléfono, volver con tus amigos y esperar a que te llame. Después de lo ocurrido es muy posible que lo haga. Aunque tal vez no vuelvas a verle.

*Si quieres acompañarle, ve hasta el capítulo 67.  
Si prefieres volver junto a tus amigos, sigue leyendo en  
el 16 y reza para que Álex te llame mañana.*



## 23

—¡Puff! Han pasado tantos años... No sé ni por dónde empezar.

—Empieza por el principio, hombre. ¿Qué hiciste cuando dejaste de ir al pueblo en verano?

—Ahora te cuento. Pero, ¿no te parece mejor que vayamos fuera, que hay menos lío?

—Está bien, espera que avise a mis amigos.

Un momento después estáis Simón y tú sentados en un banco junto a la puerta de El Infinito. Le has contado por encima tus últimos años, insistiendo en que no eres heterosexual, como él podría haber pensado años atrás. Ahora es su turno, y él también empieza la historia por el principio:

—Yo seguí yendo al pueblo algunos años más, cuando tú ya no veraneabas allí. ¿Te acuerdas de la hija de la tía de la farmacia? Pues estuve liado con ella el último verano...

—¡Pero si era una chica horrible!

—¡No seas malo! No era para tanto y, además, mejoró con el tiempo.

—Bueno, si tú lo dices tendré que creérmelo... —risas—. Sigue contándome.

—Pues poco más. Empecé a estudiar y a partir de entonces los veranos los pasaba yo por mi cuenta, sin mis padres... Y así más o menos hasta ahora, que me he veni-

do a vivir aquí yo solo, a la aventura.

—Bueno, y ya tienes amigos y todo... Parece que el experimento va saliendo bien.

—Sí, más o menos. Todavía llevo poco tiempo, ya veremos dentro de unos meses.

—Y dime, ¿cómo es que has aparecido hoy por aquí? —le dices, con toda tu mala intención, intentando averiguar qué hace Simón un sábado por la noche en un bar de ambiente.

—Bueno... Es que no sé si debería contártelo... Creo que es demasiado complicado.

—Prueba a ver, anda. Hace años nos lo contábamos todo.

—Ya, pero las cosas han cambiado mucho... Cuando nos conocimos éramos dos chicos jóvenes y no sabíamos bien lo que hacíamos. Ahora todo es distinto.

—No sé yo si será para tanto —sigues insistiendo.

—Bueno, es que yo... Ahora soy gay.

—Ja ja ja —se te escapa una carcajada—. Ay, perdona, no quería reírme, pero es que no he podido contenerme. ¿Me lo cuentas como una confidencia? Sigues siendo igual de tonto, en el fondo. ¿No te das cuenta de que yo también?

Simón se ha quedado de piedra. Como Franco en las estatuas, pero sin la cara de idiota. Sólo cara de sorpresa, que es parecida pero no igual. Al parecer no se había imaginado que tú también entenderas. Ya sabes: aunque todas las señales lo indiquen, siempre hay casos excep-

cionales, a pesar de que nunca hayas pensado que tú podrías ser uno de ellos. Por eso se estaba comportando de una forma tan extraña, parece que le daba vergüenza contarte esto mientras recordabais todo lo que hicisteis hace años. Decides quitarle algo de hierro al asunto, tomarlo a broma:

—Bueno, parece que los dos sacamos de aquel verano la misma conclusión, ¿no?

—Pues, sí, eso debe ser —responde mientras se le suben los colores.

—Pero entonces, ¿la hija de la boticaria?

—Fue un intento de ser lo que no era, y por eso salió mal. Contigo habría sido más fácil, supongo. Si hubieras vuelto al pueblo los veranos siguientes...

—Sí, supongo que la historia habría continuado. Jo, qué cantidad de recuerdos.

—Ya ves... —dice, pensándose con qué va a continuar la frase—. ¿Te acuerdas de la que montaste para conseguir que por fin nos liáramos?


—¡Yo no monté nada! Fue Sonia, que lo había adivinado todo y nos dejó solos en el momento preciso.

—No puede ser, ¡sí parecía que ella iba detrás de mí!

—No, me lo dijo tiempo después, cuando se enteró de lo mío —le cuentas.

—¿Sabes? —se atreve a decir después de un silencio—. Tú fuiste la primera persona que me besó...

—Ja ja, tú también fuiste mi primer beso, y lo recuerdo muy bien, no te creas...



Y ahora me doy cuenta, mientras escribo esto, lo divertida que es una conversación cuando se va diluyendo y tiene ganas de convertirse en beso. Porque es precisamente eso lo que va a pasar a continuación. Os acercáis el uno al otro, cerráis los ojos al mismo tiempo y, sin que nadie pueda saber cómo ni por qué, os besáis. Es exactamente igual, pero todo distinto. Has recordado, de pronto, cosas de Simón que tenías olvidadas: la suavidad de su mejilla, ahora algo más áspera después de haberse afeitado muchas veces; el tamaño de sus manos, que después de tantos años han vuelto a cerrarse detrás de tu cuello, y, sobre todo, el sabor de sus labios que, aunque ya no saben a inocencia, saben a recuerdos. Pero el beso tiene que acabar, porque los reencuentros no pueden durar eternamente. Así que de pronto Simón se separa y dice:


—¿Pero qué estamos haciendo?

—No sé. Acordarnos de cosas, supongo —respondes intentando de nuevo no darle más importancia que la que tiene, aunque sea mucha.

—No sé si esto está bien... Después de tanto tiempo ya somos dos personas completamente distintas. En el fondo volvemos a ser unos desconocidos.

—Bueno, tú acuérdate de la tormenta de aquel año y no pienses en más cosas —le dices para que deje de hablar y vuelva a besarte. Y eso es lo que hace, y te gusta, aunque sabes que tiene razón: ya no sois los mismos y los besos que os dais ahora no son nuevos. Son los besos que os





dejasteis de dar. Una forma de recordar como cualquier otra, si bien mucho más agradable y, claro, mucho más arriesgada. Pero tiene razón, y esto tendrá que parar tarde o temprano. Así que un rato después volvéis a separaros e intercambiáis vuestros teléfonos, quedando en que alguno llamará al otro y os veréis cualquier tarde, para hablar de todo aquello y de todo esto. Poco después, cuando la situación es insostenible, decides terminar con este encuentro:

—Oye, vamos dentro, mis amigos deben estar preguntándose dónde estoy.

*Sigue leyendo en el capítulo 29.*



—¿David?

—¿Dónde te habías metido?

Has llamado a David para saber dónde están tus amigos. Por la hora que es, lo más posible es que se hayan metido ya en cualquier discoteca. Últimamente no salís del 7PK2, pero no vas a ir para allá, pagar la entrada —que cuesta un ojo de la cara— y arriesgarte a que no estén.

—Puff, ya te contaré luego la cantidad de cosas que me están pasando hoy. ¿Dónde andáis?

—Pues acabamos de llegar a La Antártida.

—Pues mira qué bien —le dices—, porque quería ir para allá pero creo que ya no hay barcos y además me da miedo el aire acondicionado...

—Idiota, es una sala nueva que han abierto, vente, que está guay.

—Vale, llego en un rato, no se os ocurra moveros.


Mira qué bien. Tú que salías hoy a dar una vuelta y vas a acabar en la Antártida. Quizá acabes ligando con un pingüino... Vamos para allá y que sea lo que Dios quiera.

*Pasa al capítulo 44.*


## 25

Al final te has decidido por visitar la sauna y me has arrastrado a mí contigo, a pasar calor mientras escribo tu historia. Y aquí estamos los dos, tú con una toalla atada a la cintura, adentrándote en los pasillos de este local tan húmedo —en todos los sentidos—. Tienes, justo después del vestuario, un corredor que lleva hasta una habitación en cuyo centro hay una piscina de tamaño mediano. De ahí salen más pasillos. A mano derecha uno lleva hasta una barra de bar. De frente otro desemboca en otra habitación parecida, algo más pequeña y rodeada por pequeñas cabinas. Por último, un pasillo más, a la izquierda, da paso a una sala donde se encuentra la sauna propiamente dicha y donde el vapor no permite ver casi nada. La luz es escasa, pero suficiente como para distinguir varios bultos que andan, como tú, por los pasillos de este local.



Acabas de llegar a la sala de la piscina y la encuentras ocupada por dos chicos, bastante monos, que se están besando mientras un señor con bigote los observa. Los tres metidos en el agua hasta la cintura. Demasiada gente, piasas. Como el hombre que mira no te interesa y los otros parecen ocupados, decides seguir explorando. Te acercas a la barra para pedir algo de beber y mirar quién hay por allí. Poca cosa, tal vez no sea buena hora. Dos hombres que ya no cumplen los cincuenta se cuentan batallitas, cada uno con una cerveza, un camarero aburrido que se quita el



calor con un abanico demasiado vistoso y un cuarto personaje que ronda los cuarenta y ni siquiera te mira. Es atractivo, pero parece no interesarle nada más que la copa que tiene en la mano. Coges tu bebida y te marchas. Pasas a la sala de vapor, donde hay mucha más gente, hombres mayores en su mayoría, y alguno joven que se esfuerza para que el resto no le dé la lata más de lo necesario. Te llama especialmente la atención un chico joven, recostado en una pared y jugando con el nudo que sujeta la toalla en torno a su cintura. Bastante bonita, por cierto. No está musculado, pero tiene esa delgadez tranquila que queda bien y resulta más atractiva, muchas veces, que un cuerpo excesivamente marcado. El flequillo sobre los ojos y la mirada perdida. Hasta que se fija en ti y hace una mueca que pretende ser una sonrisa. Te gusta, pero no te vas a lanzar sobre el primero que sonría. Te sientas en una esquina y mirando hacia el vacío empiezas a aburrirte. Cuentas gotas de vapor mientras observas el movimiento: un señor entra, dos salen, uno joven en quien no te habías fijado, no demasiado interesante, sale detrás de los otros. Y el chico del flequillo sigue allí. Decides dar un paseo por si ha llegado alguien nuevo. En la sala de las cabinas sólo se escucha ruido. En el bar los de antes. El madurito sigue sin hacerte caso. En la piscina del centro ha desaparecido el señor del bigote. Los dos que estaban sumergidos siguen a lo suyo. Pasas a su lado y uno de ellos te agarra del tobillo, pero consigues escaparte y vuelves a la sala de vapor. De nuevo el chico



del flequillo, que te sonríe otra vez. Te sientas y cierras los ojos un momento. Cuando los abres, la escena ha cambiado. Dos señores al fondo se toquetean. Al lado tienes al chico que sonreía. En esto entra el madurito y, lo que es la gente, camina derecho a ti. Se para, de pie, mirándote de frente. El movimiento de este sitio te está mareando, pero no te preocupes que ya casi termino. La llegada del cuarentón ha hecho que el del flequillo se levante y, después de echarte una mirada que te invita a seguirle, se detenga en la puerta de la sala. El maduro aprovecha para quitarse la toalla y ofrecerte su desnudez. Ya tienes bien claras las opciones. Puedes seguir al chico joven, a ver hacia dónde quiere llevarte, o dejar que el hombre hecho y muy derecho que tienes frente a ti haga contigo lo que quiera. Claro que existe una tercera posibilidad: puedes volver a la piscina y probar suerte con los chicos que andaban allí. Es el momento de decidir, ¿con quién te quedas?



*Si quieres seguir al chico del flequillo, levántate y ve hacia el capítulo 63. Si prefieres quedarte con el hombre maduro, que no mayor, pasa al 40. Para probar suerte con la pareja de la piscina, ve al 35.*

## 26

Llegas con tiempo de sobra. Vas a tener que esperarle. Casi mejor así. Siempre has preferido ver llegar a la gente, porque se aprende mucho de una persona cuando se la ve moverse por la calle. Alguien que camina por la acera, despacio, cuidadosamente, suele ser demasiado tímido. Hay gente original, creativa, que se mueve jugando con las baldosas. Y luego están los que andan por medio de la calzada, rápido, sin mirar a ningún sitio mas que al frente, que acostumbran ser muy seguros, a veces algo ególatras. Tú, que miras cómo el bullicio del sábado noche pasea por la plaza, esperas a Álex e imaginas cómo llegará. Y estás perdido en tus pensamientos cuando te sorprende de pronto, como caído del cielo, a tu derecha.

—Hola.

—¡Qué susto! —le dices—, pensaba que vendrías por allí delante.

La timidez del primer momento, que puede ser un obstáculo, cae derrotada por una sonrisa. Aparece entonces el chico con el que hablaste por Internet, aquél a quien contaste tantas cosas. Ya no es un cuerpo desconocido. Es el cuerpo del mago. Y ya no te da vergüenza preguntarle qué quiere hacer, ni a él responderte que vayáis a dar una vuelta.

*Pasa al capítulo 15.*

No voy a decirte a estas alturas si has decidido bien o mal. Sólo importa que has preferido quedarte con Alberto, aunque él haya desaparecido poco después camino de la barra y no haya vuelto todavía. Vete a saber dónde estará.

César y Jorge acaban de volver contigo y bailáis un poco. David ha conseguido entablar conversación con el chico al que miraba y se marchan hacia una esquina. De Mario y el otro ni rastro. Y La Antártida sigue en ebullición, pero el frío sigue notándose. Te aburres, estás cansado. Un golpecito en la espalda interrumpe tus pensamientos. Detrás de ti hay una chica bajita de pelo corto, pálida y con cara de ser simpática, que te sonríe y dice:

—¡Hola! ¿Te puedo presentar a un amigo?

Tú intentas hacer memoria. ¿Es la amiga del chico que te miraba? No lo recuerdas, no era ella quien te interesaba. Quizá sea otra chica y, aunque parece una persona interesante, puede que su amigo sea horrible ¿Quieres arriesgarte? Pero tal vez sea ella y pueda presentarte al chico que te gustaba... De nuevo, te toca decidir.

*Si confías en ella, síguela hasta el capítulo 42, pero, si pasas olímpicamente de los amigos de esta mujer, excúsate, di que tienes novio, que te estabas marchando ya, o que eres la triste viuda de un militar muy valiente a quien lloras todas las noches, y ve hasta el capítulo 54.*

<Tú> Hola.

<riojuarez> Hola, ¿qué tal?

<Tú> Aquí ando, intentando entretenerme un poco.

<riojuarez> Vaya, ¿y por qué estás aburrido?

<Tú> Nada, cosas mías. Cuéntame algo, anda. Entretenme un rato.

<riojuarez> ¿Y qué quieres que te cuente?

<Tú> Pues cualquier cosa que se te ocurra...

<riojuarez> Mmm, pues verás... Érase una vez un chico que tuvo un novio y luego dejó de tenerlo, y entonces se metía mucho en los chats de Internet intentando encontrar a alguien que se le pareciera...

<Tú> Vaya, ¿la historia de tu vida?

<riojuarez> O de la tuya. Todos tenemos una historia parecida.

<Tú> Sí, pero me sorprende que hayas adivinado todo.

<riojuarez> Bueno, no se lo digas a nadie, pero es que tengo poderes adivinatorios.

<Tú> ¡Qué divertido! ¿No te llamarás Merlín?


<riojuarez> No, me llamo Dani.

<Tú> Joder, qué coincidencia, igual que mi ex.

<riojuarez> El mío se llamaba «Tú».



Ahora sí que te has equivocado. Tendrías que haber supuesto que pasaría. Daniel del Río Juárez. Eran sus





apellidos. Pero, ¿cómo es posible que, de entre todas las personas que podrías encontrarte en Internet, hayas ido a dar precisamente con él? ¿Será el destino? Quizá, pero a mí siempre me gustó pensar que es Dios —o quien sea— el que organiza todas estas cosas absurdas para reírse de nosotros. Y se lo debe pasar genial, porque, si no, no lo entiendo. Corre, di adiós de cualquier forma a Dani, otra vez, y vuelve a intentarlo.

*Vuelve hasta el capítulo 38 e intenta  
elegir con más cuidado.*



## 29

—Bueno, ha sido un placer volver a encontrarte —le dices a Simón despidiéndote, y vuelves a la mesa que ocupan tus amigos.

—¿Quién era ése? —te pregunta César, intrigado por la escena.

—Pues... —respondes, todavía turbado por el encuentro—. Simón, el primer chico...

—Vaya —dice Mario con retintín y resentimiento, quizá porque antes estuviste incordiando un poco a su chico—, una antigua historia de amor...

—Pues sí, más o menos fue eso.

Todavía estás en una nube, recordando tantas cosas que te ocurrieron junto a Simón hace años. Pero ve bajando, porque ya os habéis terminado las copas y a nadie le apetece seguir en este bar. Tus amigos vuelven a pedirte que decidas tú qué vais a hacer ahora. Y yo vuelvo a darte todas las posibilidades. Te recuerdo que David habló antes de una discoteca, La Antártida, y que también puedes volverte a casa, si es que estás cansado o, ya que has pasado algún tiempo con tus amigos, seguir tú solo la aventura de esta noche... Decide lo que quieras.

*Puedes seguir el consejo de David e ir a*

*La Antártida en el capítulo 44, coger el autobús para volver a casa en el 31, o seguir la noche tú solo en el 41.*

## 30

Has decidido probar suerte con el chico moreno, que sigue sentado en un banco del parque. Como si todo lo que se mueve alrededor no tuviera nada que ver con él. Tú te vas acercando poco a poco y disimulas cuanto puedes. No se te ocurre cómo entablar conversación, así que te sientas a su lado y esperas a que sea él quien dé el primer paso. La situación es un poco tensa: los dos sentados, mirándose de reojo y aguardando a que sea el otro el que pronuncie la primera palabra. Pero este chico se cansa de esperar antes que tú y por fin te saluda:

—Hola.

—Hola —le respondes—, ¿qué tal?

—Pues aquí ando, paseando un rato.

—Ah... Sí... Este sitio está muy bien para dar una vuelta, aunque éstas ya no son horas... —disimulas soltándole una indirecta.

—Ya, pero no deja de ser gracioso ver a toda esta gente disimular tanto cuando todos están aquí para lo mismo —te dice, abriéndote camino.

—Ja ja, tienes razón... Así que tú también vienes aquí buscando lo mismo que todos estos, ¿no?

—Sí, pero no sé... —responde, sin siquiera mirarte a los ojos.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Pues no sé muy bien qué es lo que hago aquí.

—Bueno —se lo vas a intentar explicar—, supongo que habrás salido hoy por algún sitio y luego has decidido pasar por aquí a ver si consigues no volver a casa solo.

—Ya, pero no es tan fácil.

—¿Por qué? —le preguntas.

—Porque yo no soy como toda esta gente.

—¿Y eso por qué? —le dices, esperando que se justifique por ese comentario que, si bien puede ser una forma de sincerarse contigo, quién sabe por qué, también es posible que sea una maravillosa demostración de egocentrismo.

—Porque toda esta gente viene únicamente buscando sexo y mi forma de ser me impide buscar sólo eso.

—Hombre, este quizá no sea el mejor sitio para encontrar algo más que sexo, pero siempre cabe la posibilidad...

—No creas. Es que es más difícil. Soy sacerdote.

—¿Cómo? —te ha dejado de piedra.

—Que soy cura —te explica ahora él a ti.

—Ya, pero es que no puedo comprender, primero, qué hace un cura en este sitio y, segundo, cómo es que hay curas que sean jóvenes y atractivos, como tú —le dices, insinuándote un poco, para ver si se acaba de aclarar la cosa. Y es que este chico te ha caído bien, pero tú no venías aquí a conversar precisamente.

—Hombre, hay gente para todo. También hay curas gays y jóvenes.

—Ya, pero comprende que me choca encontrármelos en un sitio como éste.

Vaya por Dios, y nunca mejor dicho. Has ido a dar con la persona más rara de todo el parque, y mira que el resto prometían ser de lo más extraño. Un cura en medio de un parque de cruising. Un cura homosexual que busca sexo anónimo, pero que se arrepiente de hacerlo. Qué complicada es la gente. Pero esas complicaciones son las que convierten a una persona en alguien interesante. El cura te ha caído bien, aunque no deja de sorprenderte.

—A todo esto, me llamo Luis.

—Hola Luis. Yo soy Yo —dices presentándote.

—Encantado, Tú. Oye, ¿no tienes frío?

—Hombre, hace un poco de fresco, pero tampoco demasiado.


—Yo estoy helado —te advierte—. Si te parece, podemos seguir charlando en mi coche, que lo tengo aparcado ahí detrás.

Ahora te toca decidir. ¿Vas a acompañar a Luis, el cura, hasta su coche, donde seguramente hablaréis un rato y luego pasará cualquier cosa, o prefieres buscar otro chico que te ayude a entretenerte esta noche?

*Si quieres subir a su coche, pasa al capítulo 60, y si, en cambio, decides buscar algún otro hombre, vuelve al capítulo 43. Claro que si este encuentro te ha parecido demasiado y quieres marcharte, puedes avanzar y seguir leyendo en el capítulo 65.*


## 31

Vuelves hacia casa y tienes que bajar toda la calle para coger el autobús. No te importa, aunque el paseo sea largo. Es una de tus calles favoritas y siempre te anima recorrerla. Ahora, que estás cansado, te viene bien para relajarte. En breve estarás metido en la cama, solo pero tranquilo, por fin, y habrá acabado de una vez por todas esta noche tan movida. Aunque no todo es maravilloso, claro. Algo malo tiene que tener el camino hacia el bus. Y es que tienes que pasar por delante de la cafetería donde tantas horas pasaste con Dani. Era un sitio bastante extraño, una especie de café antiguo con horario casi ininterrumpido. Cerraban tardísimo, de madrugada, y abrían poco después para dar los desayunos. Hace tiempo pasabas con el que entonces era tu novio noches enteras allí metido, hasta que el camarero os sugería amablemente que os marchaseis apagando la luz, como hacen siempre. Pero no os importaba, dabais un paseo y dos horas después volvíais a desayunar. Había dos sillas con vuestra forma, nadie podía sentarse en ellas. Y no porque alguien les fuera a llamar la atención, qué va, sino porque si llegabais y vuestra mesa estaba ocupada Dani y tú os colocabais en la de al lado, mirando fijamente a los invasores hasta que se marchaban asustados. Estabais locos, sí, pero todo se le debe perdonar a una parejita feliz. Hasta las mayores estupideces. Si no, no habría enamorados en el mundo y yo mismo andaría por los pueblos con




un hacha cargándome a la gente que se dijera tonterías y se hiciera carantoñas. Pero eso está muy mal visto, y hay que perdonárselo todo. Una lástima.

Como decía, bajas la calle, que no deja de traerte recuerdos. Tampoco es malo y, además, en un momento llegarás al autobús y luego a casa, para dormir hasta el mediodía y curarte de todas tus penas. A unos metros tienes el café del que te he hablado. Está como siempre, y hay un chico en la puerta que parece atractivo. Pero, ¿cómo es posible? ¡Es Dani! ¿Qué está haciendo allí? Vaya casualidad. Ahora tienes que pensar rápido, ¿te acercas a saludar y te enfrentas a él o te haces el loco y sigues hasta el autobús?



*Si quieres saludarle, pasa al capítulo 37,  
y si prefieres hacer como que no le has visto,  
corre a la parada en el 21.*



—Mire, yo no cobro pero, en todo caso, sería mucho más caro. Cien euros no sirven para nada —le adviertes para dejar las cosas bien claras.

—Te doy doscientos.

—¿A cambio de qué?

Has empezado a negociar y para mí que, si sigue subiendo el precio o no pide nada extraño, acabarás aceptando. No es tan horrible. Vale que tiene una edad considerable, vale que no es para nada tu tipo de hombre, pero son doscientos euros por un ratito...

—Sólo quiero que me dejes chupártela —confiesa.


—Bueno —dices después de pensarlo un rato—, pero sólo eso, y el dinero por delante.

—Está bien, toma. Vamos allí detrás.

Has aceptado y este hombre te conduce hacia unos arbustos donde apenas llega la luz. Tú, tan pronto como se detiene, apoyas tu espalda contra un tronco y le dejas hacer. Él desabrocha tus pantalones y se encuentra con que tu cuerpo no muestra ningún interés por él. Pero no se desanima —normal, le ha costado bastante dinero tenerte así—y empieza a utilizar su lengua y sus manos para que reacciones. Tardas un rato, pero poco a poco empiezas a crecer entre sus labios. Él sube los ojos y te mira con cara de satisfacción. Te da igual, tú sigues en tu mundo. Vas a cerrar los ojos, pero un ruido detrás de ti te hace volver la



cabeza. Es el chico veloz, que ha parado su carrera a nuestro lado y te mira con una expresión burlona. Te da igual, tiene pinta de ser inofensivo y si se quiere reír de ti que lo haga cuanto quiera. Por lo menos tú estás ganando dinero y a saber qué cantidad de cosas habrá hecho él totalmente gratis y con gente mucho peor que este buen hombre que, todo hay que decirlo, se esfuerza bastante. Cierras los ojos, por fin, y dejas que tu nuevo cliente siga con su tarea. Se le notan los años de experiencia. Ni siquiera estabas excitado cuando te desnudó, pero ahora empiezas a apreciar sus movimientos, lentos unas veces y rápidos otras, rozándote apenas con los labios o metiéndosela entera en la boca, tocando la garganta. Te está gustando, en el fondo, y hasta llegas a considerar la posibilidad de devolverle su dinero. Lo está haciendo muy bien, te está dando más placer que el que un chico joven y atractivo, pero inexperto, podría darte. ¿Por qué ibas a cobrarle? Aunque ese sería un gesto poco profesional y tú debes comportarte como un buen empresario. ¿Quién te iba a decir que esta noche ganarías tanto dinero por algo como esto? Pues nada, oye, está el mundo muy mal y los alquileres son carísimos. Si este señor se quiere gastar su dinero en estas cosas no vas a ser tú el que no quiera aceptárselo. Pero nos desviamos del tema y tu cliente sigue de rodillas. Parece que empieza a estar cansado. Poco después te lo ordena: «Córrete». Si ya se ha dado por satisfecho ha terminado el servicio. Así que dejas que salga todo y le manchas la cara. Ibas a decir «lo



siento», pero el hombre parece encantado. No hay más que hablar. Bueno, sí, hay que despedirse. ¿Pero qué se le dice a un cliente de este tipo? No sé, y tú tampoco, y no hace falta, porque él se ha puesto de pie y, mientras se limpia con un pañuelo y deja que tú vuelvas a vestirte, se marcha diciéndote simplemente «Hasta otra».

***Ahora guarda bien tu jornal, plantéate si es digno  
comerciar con tu cuerpo y avanza hasta el capítulo 65.***

Atraviesas La Antártida hasta llegar adonde se encuentra esta *drag queen* tan particular. Digo particular porque no es como las demás: imagina una mezcla entre una percebeira, una diva de Eurovisión y una anciana extremeña que va a recoger aceitunas y obtendrás la perfecta imagen de este personaje. Pero, a pesar de sus pintas de señora pasada de rosca, has llegado hasta su lado y saludas:

—Hola, ¿tú eres Mamá? Vengo de parte de Manu, que me ha dicho que te salude.

—¡Uy, pero qué chico más mono y más maravilloso me manda la Manolita!

—Gracias —dices mientras notas cómo te suben los colores.

—De nada, maricón, que en realidad era una mentira pa quedar bien —te responde y descubres que la buena mujer no lo era tanto.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —sigues diciendo, ya con algo de miedo.

—Sí, dime todo lo que quieras y luego pídemme matrimonio —te suelta.

—¿Lo de Mamá de dónde viene?

—Pues hijo, si lo sabe todo el mundo. Es mi nombre artístico: «Mamá Racha», que me lo puso una amiga que en realidad era una grandísima hija de puta, pero como me hizo gracia, pues me lo quedé.

—Sí, gracioso sí que es... —comentas sin saber muy bien qué decirle.

—Bueno, amor, cuéntame qué hace un maricón como tú en un antro como éste.

—Nada, que venía con unos amigos a ver el sitio...

—Sí, ya, claro. Que te crees que una es tonta y se acaba de caer del guindo. Pues no, rica, que una tiene ya mucha escuela y además no sé qué coño es un guindo de éstos. Tú has venido aquí a buscar un hombre que te quite de trabajar, como todas.

—Hombre... Si aparece uno así no iba a decir que no, desde luego. Claro que siempre que...

—¡Siempre que nada! Que todas sois iguales. Decís que sólo queréis chicos rubios y altos con aire de ingleses y sólo os importa que os puedan pagar los vicios y os den pal pelo detrás de un seto —es un poco burra, pero tiene razón.

—Tampoco es eso... —le dices intentando justificarte.

—Que no, maricón, que no me engañas. Que tú has venido buscando algo pa esta noche, que te lo veo en la cara, y eso no está bien. Hay que ser decente, que luego dicen que si hacemos o dejamos de hacer. Y no estamos aquí pa que venga una cualquiera a decirnos que lo uno y que lo otro, que demasiado tiene una con arreglarse tos los días pa salir a la calle. Vamos, que hay que dar ejemplo, que digan lo que digan las señoronas, de nosotras depende que este mundo sea maravilloso o una birria conservadora. Y ésa es una responsabilidad muy grande. ¡Así que hasta el matrimonio nada!

—¿Pero eso no te parece demasiado?

—Niña, depende de cuánto dure el noviazgo... Con dos o tres días ya es suficiente... Pero eso de ir de cama en cama como si fueras una marica de alquiler, pues no. Hay que ser decente y elegante y, si no puedes evitar los vicios, por lo menos disfrazalos, que un disfraz siempre le queda a una monísimo. Fíjate que yo por las mañanas trabajo en un banco, ja ja ja.

—Sí, claro, y yo soy candidato del PP...

—Pues no será porque te falte pluma. Y bueno, deja ya de incordiar y hazme caso: búscate un hombre decente que te cuide cuando estés vieja, que no hay na más triste que una marica sola y anciana y con los tobillos malos, que te tienes que pasar el día sentada. Búscate un buen marido, niña, que da igual si lo sacas de una amiga, de la cárcel o de la internete esa, que a nadie le va a importar de dónde haya salido. Que lo único que nos hace falta a las mariquitas es tener un hombre al lado pa ir envejeciendo tranquilas. Que entretienen mucho los hombres, te lo digo yo, y lo mismo les puedes rascar las orejas que tirarles de los pelos, que los pobrecitos ni se quejan ni ná, que los venden muy bien enseñaditos. Y los puedes vestir de marinerito y todo, que no les importa, y llega una edad que a una le viene muy bien tener a un señor al lado, aunque sea sólo pa decirle cosas feas y pegarle con la escoba. Que lo que importa es no hacerse vieja sola, que eso sólo sirve para estar triste. ¡Búscate un marido, niña! Que pa mañana


es tarde. Además que yo que tú me daba prisa, que te salen por ahí unas arruguitas muy malas.

*Y después de conocer a la drag más rara del mundo, vuelve al capítulo 12.*

A veces ocurre. Uno empieza a pensar cualquier cosa y va de un pensamiento a otro hasta que se encuentra imaginando algo relacionado con el sexo. Y entonces es cuando sucede y, aunque ya hayas dejado atrás la idea, el cuerpo sigue con ella y comienza a reaccionar. Y eso es lo que te ha pasado. Veamos qué podemos hacer al respecto.

El amor propio —llamémoslo así— suele ser algo curioso. Lo digo porque nos enseñaron que algunas cosas había que hacerlas entre dos y sorprende descubrir de pronto que pueden hacerse en solitario. Y también despista, porque parece que nos falta siempre una segunda persona. Pero ahí empieza a funcionar la imaginación y, por eso, mientras observas tu erección frente al espejo y dejas que tu mano vaya acariciándola, cierras los ojos.

Es moreno, alto, con la sonrisa grande y los ojos negros. No, mejor verdes. Te acaricia el pecho con una mano y con la otra te ha cogido el culo. Te muerde el cuello, se te tumba encima. Notas que su cadera hace fuerza contra la tuya. Pero entonces cambia. Ahora rubio, poquita cosa, delgado de ojos claros que te deja hacer a tu antojo. Y entonces le das la vuelta, la colocas entre sus piernas y te mueves lentamente. Él no te toca. Tú le coges de la cintura. Ahora más grande, musculado y moreno que juega a dominarte. Dejas que vaya haciendo a su antojo. Te imaginas boca arriba, piernas en alto. Te penetra fuerte pero no hace




daño. ¿Pelirrojo? No, mejor rubio, otra vez, pero de hombros anchos, arrodillado, usando la boca. Éste te gusta, lo hace bien. Y tú le das la vuelta, le obligas a apoyarse en la pared, piernas abiertas, te metes entre ellas. Entrás y sales rápido, él no se queja. Ya falta poco. Le agarras de los hombros, le muerdes el cuello, sigues moviendo la cadera, dentro y fuera. Terminas. Abres los ojos. Vuelves al baño. Joder, has manchado el espejo. Límpialo todo, anda, y date prisa, que ya llegas tarde.

*Pasa al capítulo 7.*








Te levantas y sales de la sala de vapor. Dejas atrás al hombre maduro que te ofrecía su cuerpo y al chico del flequillo que a mí me gustaba tanto. Tú prefieres probar suerte con los de la piscina. Te diriges hacia allí y los encuentras metidos todavía en el agua. Una mirada cómplice de uno de ellos te invita a sumergirte a su lado. No te lo planteas siquiera un momento y te quitas la toalla, metiéndote en el agua poco a poco. Pero en el lado contrario al suyo. «Que por lo menos muestren un poco de interés», piensas. Los dos reaccionan como esperabas y cruzan la piscina hacia ti. Genial, en cuanto lleguen empezará la fiesta. Y en efecto, uno de ellos, al que llamaré A, se coloca a tu izquierda, casi rozándote, en tanto que el otro, B, se queda un poco apartado y deja que A haga todo el trabajo. Éste empieza por rozarte como quien no quiere la cosa, haciéndose el encontradizo. Disimulando sus intenciones. Te está probando, no confía en que quieras jugar con ellos. Tú le sonríes y el te devuelve la sonrisa. Te paras a mirar su cuerpo y lo encuentras atractivo. Es un chico de gimnasio, con todos los músculos marcados. Incluso tiene los cuadraditos que tanto cotizan en bolsa, aunque, mirando un poco más abajo, se la encuentras algo pequeña. Da igual, si sabe usarla qué más da. A, después de adivinar que te gusta, se atreve por fin a tocarte. Tú llevas notando un rato largo que el agua juguetea con




tu desnudez. Y ahora percibes que la mano de A empieza a seguir su juego. Te acaricia suavemente el pecho, baja hacia los muslos y no tarda demasiado en llegar a su destino. Allí empieza a maniobrar y poco después lanza una mirada a B, que abandona su retiro para unirse al grupo. A se sumerge, entonces, y con la boca continúa su trabajo. B se coloca a tu lado y te invita a tocarle. Tú buscas en el agua y te encuentras de nuevo un cuerpo bien formado, no tanto como el de A, y un miembro bastante más grande que despierta tu interés. Empiezas a masturbar a B y dejas que A, que sube a coger aire de vez en cuando, siga chupándotela abajo. Pero esa postura te cansa, así que decides cambiar. Respiras profundamente, te sumerges y empiezas a chupársela a uno y otro, casi al mismo tiempo. Te ahogas, pero aguantas cuanto puedes antes de volver a la superficie. Te lo estás pasando bien. Una mano de A y otra de B juegan con tu pelo. Tú les tienes a ambos cogidos por detrás.



Sales a coger aire y comienza el segundo acto. Las manos de los tres empiezan a ponerse en posición. A toquetea tu entrepierna y B, dándose la vuelta, deja que explores la suya mientras reparte condones. Jesús, qué difícil es colocárselo debajo del agua. Consigues ponértelo y empieza la acción. B se deja penetrar y tú le masturbas. A, detrás de ti, empieza con su papel. Poco a poco se te va metiendo dentro sin problemas. Lo hace bien, no duele nada y puedes concentrarte en B, que recibe las embestidas que le das y las que A te da a ti. Es complicado,



pero te lo estás pasando genial. Primero te concentras en B, para que note bien como entras y sales de él, rápido. Luego te detienes un momento y dejas que A vaya marcando el ritmo. A y B, B y A, A y A, B y B, A, B, A, B, y B,A,B,A, y A, B, B, A... Esto sí que es un festival de la canción. Pero os cansáis. Aunque el sexo bajo el agua sea maravilloso y la sensación de penetrar y ser penetrado te esté haciendo ver las estrellas. Los tres estáis ya decididos a terminar. B suelta un gemido. A y tú le acompañáis y acabáis, en cadena, cada uno en el siguiente. Ha estado muy bien, pero ha terminado y ya no tiene sentido que sigas en el agua. La piel empieza a arrugarse y vas a acabar como un garbanzo.






*Sal de allí, date una ducha, y pasa al capítulo 65.*



Qué oscuro está esto. Y qué miedo da. Pero no es sólo miedo. La situación es lo suficientemente morbosa como para compensar el temblor de piernas. Así que te vas adentrando cada vez más en el cuarto oscuro de La Antártida, esperando encontrarte con alguien con quien merezca la pena pasar el rato. Pero no se ve nada y tienes que fiarte del oído y el tacto para ir avanzando. Escuchas un tintineo que, después de mucho pensar, identificas como la hebilla de un cinturón, moviéndose al ritmo de unas caderas. También hay jadeos y pequeños chasquidos de lengua. Todo dentro del silencio más absoluto. No se oye nada y sólo poniendo especial atención pueden diferenciarse los instrumentos que componen la melodía del cuarto oscuro. Qué bonito.

Decides detenerte un momento junto a una de las paredes, a ver si alguien se te acerca. Aunque parece que tu entrada ha pasado desapercibida, porque nadie te hace caso. Como pasa un tiempo y sigues ahí plantado, consideras la posibilidad de encender un mechero, a ver qué puedes ver. La llama, aunque pequeña, te deja distinguir algunos bultos. Delante de ti hay tres personas muy ocupadas y un poco más allá uno de pie y otro de rodillas. Entre todos, algunos solitarios que van de un lado a otro. Pero en ese momento alguien se acerca por tu izquierda y con un soplo apaga la luz. Pues qué gracia. No has visto quién era, pero entre las sombras has creído distinguir el rostro de un




chico joven, que debe ser el dueño de la mano que ahora te agarra el culo por la izquierda. Una mano delgada que aprieta no con demasiada fuerza. Promete ser cuidadoso. Y aparece de golpe otra mano que tantea con cuidado tu entrepierna desde la derecha. Regordeta y algo brusca. De nuevo enciendes el mechero para intentar ver un poco a tus vecinos y escoger con cuál te quedas. Pero nada más encenderlo el de la izquierda vuelve a soplar. A tu derecha no has visto más que una barba que debe pertenecer a un hombre un poco gordo. Te sirves de las manos mientras ellos siguen con las suyas. A tu derecha confirmas la presencia de alguien con barriga y bastante pelo. A tu izquierda, al contrario, un chico delgado con los músculos algo marcados. No ves nada, pero la situación te encanta. Es muy morboso sentirse deseado por gente desconocida. Más aún cuando no sabes siquiera qué aspecto tienen. Sólo conoces la forma de sus manos. Sólo sabes que uno está delgado y el otro gordo. Uno tiene barba, el otro parece que no. El sentido del tacto puede confundirte, pero no tienes nada más. Y ahora te toca decidir. Puedes salir de aquí o apartar de tu cuerpo una de esas dos manos y quedarte con el dueño de la otra. ¿Pero izquierda o derecha, qué prefieres?

*Si te quieres quedar con el chico delgado de la izquierda, pasa al capítulo 57, y si prefieres al gordito de tu derecha, sigue leyendo en el 14. En cambio, si decides salir del cuarto oscuro, pasa al capítulo 54.*

—Hola... —Dani te saluda titubeando, dudando si vas a sonreírle o a darle un guantazo. Y es que se lo merece. Todas las mentiras que pudo contarte, todo el sufrimiento que te ha causado, tal vez sin darse cuenta, valen un buen golpe. Aunque también es cierto que fueron muchas las cosas buenas. En su día, la balanza que usaste para comparar lo bueno y lo malo llegó a decirte que Dani en realidad era dos personas al mismo tiempo. Uno era perfecto. El otro te hacía sufrir. Y lo peor es que llegaste a dudar de cuál de los dos te gustaba de verdad, si el que conociste o el que te engañaba.



Pero ahora que lo tienes enfrente... Dios, hay que ver qué pocos límites tiene la estupidez humana. Sí, tú también eres idiota. Como yo y como todos. Lo miras y sólo consigues recordar cosas buenas. Además, en esta cafetería os pasaron tantas cosas... Creo recordar que fue aquí donde se te ocurrió aquello. Pensaste que en el fondo todo es como hacer un puzle. Tú eras una pieza extraña que necesitaba su correspondiente. Y descubriste que sólo Dani era capaz de completar tu dibujo. Algunas veces te empeñaste en encajar con otras piezas y el resultado fue más o menos convincente. Pero sólo con él pudiste terminar el juego. Quizá sea ése el problema, que una vez acabado siempre hay que desmontarlo todo y devolverlo a la caja.

¿Y qué va a pasar ahora? Tienes a Dani delante, mirán-



dote con un poco de miedo. Pero finalmente le sonríes, no lo puedes evitar. Y es entonces cuando te pregunta: «¿Entramos dentro?».

Y aquí estás ahora, otra vez sentado frente a él. Después de un silencio incómodo te ha preguntado: «¿Qué tal?», y tú te preguntas qué es lo que quiere saber. ¿Tienes que hablarle de tu vida personal? ¿De todas las cosas que querías contarle? Pero no aciertas a decir más que «vamos tirando», o «aquí andamos», o cualquier otra frase hecha. Aunque Dani, como de costumbre, parece no entender que por debajo de las cosas que dices siempre pueden escucharse las cosas que quisiste decir. No entiende que quieres decirle que le echas de menos, que a veces no puedes dormir y sólo piensas en él, que notas el hueco que te ha quedado al lado desde que se marchó. Pero tú, a tu manera, le has dicho todo eso. Aunque a él no le importe, aunque no quiera entenderlo. Y ahora tienes que escuchar sus tonterías, sus pequeñas historietas acerca de su nueva vida, la vida de la que tú ya no formas parte. ¿Para qué te sirve todo esto? Te lo diré yo, si es que aún no te has querido dar cuenta: para nada. Volver atrás no es la mejor forma de ir hacia adelante. Sí, la frase es una tontería, pero parece que no siempre lo tienes en cuenta. Habías imaginado esta conversación muchas veces. Pensabas que te pediría una segunda oportunidad, que podrías perdonárselo todo. Pero no. Simplemente se comporta como si no hubiera sucedido nada. Tal vez porque no le importa, o porque se siente tan



incómodo como tú. Supongo que es difícil mirar al pasado frente a frente. Pero tú no tienes por qué aguantarlo, así que se lo dices claramente:

—Dani, yo no sé si es una buena idea que sigamos aquí, haciendo como si no pasara nada. Creo que tú y yo no podemos ser amigos, porque ya fuimos otra cosa y eso no puede volver a ocurrir.

—¿Y entonces qué es lo que tenemos que hacer?

—Lo mejor es no hacer nada, claro. Dejarlo pasar, aunque nos cueste. No te digo que no quiera saber nada de ti. Yo te quise mucho y aún te tengo cariño. Pero estas cosas no me dejan pasar página y no es bueno que me tengas siempre aquí, esperando a que me llames o me quieras hacer caso.


Así que te levantas, pagas tu café y te marchas. Al final eres más valiente de lo que imaginaba. Sólo espero que seas consecuente con tus decisiones y no volvamos a vernos en esta situación. Has dejado atrás una parte de tu vida. Has dejado atrás a Dani. Y ahora tienes que mirar hacia adelante y decidir qué es lo que quieres hacer. ¿El despecho te hará llamar a David, que estará con todos tus amigos? ¿O darás un paseo y terminarás haciendo cualquier otra cosa?

***Si quieres buscar a tus amigos, pasa al capítulo 24.  
Aunque quizá consideres que tú solo puedes superar  
este golpe en el capítulo 41.***





A estas alturas no hace falta decir que Internet es un mundo donde todo puede ser posible. Como si fuera Judy Garland —perdona la comparación—, el internauta se pasea por Oz buscando al Mago. Y, aunque la mayor parte de las veces aparece la Bruja del Oeste, es complicado abandonar la búsqueda. Uno siempre piensa que en la siguiente conversación encontrará lo que quiere. Y así comienza el cuento de nunca acabar que, en el fondo, es entretenido. Porque suele ser divertido andar por el camino de los megas amarillos.

Supongo que ése será el motivo por el que tú, después de fastidiarte la existencia hablando con tu ex, has querido distraerte metiéndote en un chat. Como era de esperar, hay allí montones de gente esperando a que les digas «hola». Pero hay que tener mucho cuidado. Un paso en falso puede ser un gran error. No sería la primera vez que pasas una tarde entera hablando con un supuesto desconocido que luego resulta ser un amigo de toda la vida o algún ex olvidado. Y hoy no estás para tonterías. Así que, después de mirar la lista de personas conectadas, has seleccionado cuatro *nicks* que te resultan curiosos. Estos apodos son una forma muy fácil de deducir si la persona que se encuentra detrás puede o no resultarte agradable. Los hay de todos los tipos: los que se describen, como <rubio23>, los que buscan sexo sin compromiso, <act23cm>, o los que llevan



un nick que puede significar cualquier cosa, como <rio-juarez>. Éste último te produce curiosidad, igual que otros tres: <oeste>, <mag0> y <shawn>. Ahora sólo te queda decidir con cuál de todos vas a hablar. Y ten en cuenta que siempre puedes desistir, apagar el ordenador y marcharte a la ducha para ir a ver a tus amigos.

*Si quieres hablar con <oeste>, pasa al capítulo 45.  
Si prefieres hacerlo con <riojuarez>, ve hasta el 28. Si  
has decidido saludar a <mag0>, adelanta hasta el capítulo  
50 y, en caso de que quieras hablar con <shawn>,  
adelanta hasta el 10. En cambio, si renuncias  
a Internet, ve a ducharte al 5.*



Qué ilusión, nunca pensé que fuera a tener lectores drogadictos... Le dices al chico que sí, que aceptas su pastilla. Pero, lejos de lo que pensaste, te da una bolsa con tres y te pide dinero a cambio. Casi te quedas sin un duro, aunque mirándolo por el lado bueno ya tienes algo con que divertirse. Así que coges una, te la tragas y esperas a que haga efecto. Y poco después estás en la pista de baile dando saltos. Te lo estás pasando como nunca, o al menos eso es lo que piensas tú. De pronto todos los chicos son guapos y te miran y todo el mundo te sonríe y la música es maravillosa y la discoteca es la mejor en la que has estado. Todo es genial, aunque sea mentira. Pero a ti te da igual. Has encontrado algo de donde sacar fuerzas suficientes para aguantar muchas más horas sin parar de bailar en La Antártida. Tus amigos parecen contagiados de tu felicidad y bailan contigo. Todo es perfecto.

Un hombre alto de rasgos marcados y cara sonriente se te acerca. «Este quiere ligar conmigo» piensas. Y se coloca frente a ti y baila contigo un poco. El baile se va volviendo cada vez más obsceno y llega un momento en que piensas que por fin has encontrado a alguien con quien pasar la noche. Él te susurra al oído «acompañame al baño» y con un guiño empieza a andar hacia el servicio. Tú no te lo piensas dos veces y le sigues. Y allí, una vez estáis los dos encerrados en una cabina y esperas a que empiece a me-

terte mano, te pregunta «oye, ¿tienes pastillas?». Y tú no vas a desperdiciar la oportunidad, así que sacas la bolsa y le ofreces una. Es entonces cuando sonrío y dice de pronto:

—Policía secreta, ¿puede enseñarme su documentación?

Mierda. De pronto se te ha terminado toda la alegría. ¿Cómo puedes tener tan mala suerte? ¿Cómo es que te ha tocado a ti, con la cantidad de gente que anda drogada por La Antártida? Buscas el carné de identidad, pero no lo encuentras. Posiblemente se te haya caído cuando le pagaste al camello. Pero el policía espera y tienes que pensar algo.

—Han debido robarme... No consigo encontrar el carné...

—Ya, claro. Que te crees tú que la policía es tonta.


Pues sí, no era muy distinta la idea que tenías de todos ellos. Pero, por esta vez, han sido más inteligentes que tú y este hombre te dice, con la cara llena de satisfacción y una sonrisa burlona:

—Además indocumentado... Vas a tener que acompañarme.

Fíjate cómo ha acabado la cosa. Tú estabas más animado que nunca y ahora tienes que marcharte a comisaría... Quizá debieras haber escogido mejor...

*Pasa al capítulo 53*

Completamente desnudo, el hombre que hasta hace poco no te hacía el menor caso te acerca a la cara una erección interesante. No te lo pienses dos veces, es sólo sexo, anónimo y sin compromisos. Sin complicaciones. Sólo para divertirse. Por eso se la coges con la derecha y le masturbas mientras le miras a los ojos con una carita de niño bueno que, aunque te queda bastante cínica, esperas que le dé morbo. Él simplemente se deja hacer y casi sin prestarte atención, como si no le importase que quien tiene entre las piernas seas tú o uno de los señores que os observan desde lejos, te coge de la cabeza para indicarte qué quiere que le hagas. Sí, claro, pretende que se la chupes allí mismo, con un público muy atento. Te da vergüenza, pero vuelves a pensar que por qué no, que esto no puede hacerle mal a nadie y que, a fin de cuentas, siempre podrás pasar un sombrero entre la alegre concurrencia y recaudar un precio justo por el espectáculo que estás dando. Pero me desvíó del tema y ya has empezado a usar la boca para darle a este buen hombre todo el placer que te sea posible. Desde la punta hasta la base vas pasando la lengua, con movimientos rápidos o muy lentamente. Luego cierras los labios sobre ella y la lubricas con tu saliva. Arriba y abajo, sigues chupando mientras le miras a los ojos. Él sigue sin prestarte atención. Y es tan poco el caso que te



hace que, cuando apenas han pasado cinco minutos, se retira y se marcha el muy cabrón, dejándote en el más absoluto de los ridículos delante de dos señores que disfrutan haciendo comentarios sobre la cara de idiota que se te ha quedado después de este plantón. Valiente imbécil... Primero te ignora y cuando por fin muestra interés tarda tan sólo un momento en marcharse en busca de otro... Hay que ver cómo está el mundo.


*Yo creo que lo mejor es que salgas de aquí corriendo y sigas leyendo en el capítulo 65.*

## 41

La soledad es a veces muy necesaria. Sobre todo para cosas como las que voy a proponerte a partir de ahora. Y es que, para divertirse un sábado por la noche, no es necesaria siempre la compañía de un grupo de amigos o de un chico que te guste más o menos, que acabes de conocer o conozcas desde hace mucho. No, también puedes arriesgarte y hacerlo todo por tu cuenta, buscar tú solo lo que vaya a entretenerte esta noche.

Deambulando por la calle vas barajando distintas opciones. ¿Qué puedes hacer ahora que estás solo? La oferta es muy amplia. Un homosexual como tú dispone de muchas posibilidades de entretenimiento. El problema está en que quizá no todas sean políticamente correctas... Pero es que esa expresión a mí me cansa mucho. Me parece que es el eufemismo más cínico que ha podido darse a la censura. Y censurarse nunca es bueno, ¿verdad? Puedes probar y vencer el miedo, romper con lo que se supone que es moral y lanzarte a la aventura, o puedes acatar esa moral que nos viene impuesta y que no a todo el mundo le sienta bien. ¿Qué prefieres hacer? Arriésgate, no pierdes nada y yo no voy a contárselo a nadie. La moral pueden quedársela los curas.

De todas las opciones posibles de cómo continuar tu noche he seleccionado tres: puedes ir a pasar calor a una sauna, visitar uno de esos antros de perversión que tanta



curiosidad provocan, o dar una vuelta por un parque que tienes por ahí cerca, donde siempre hay hombres que buscan sexo con otros hombres. En inglés se dice «cruising», en castellano «merodeo». Tú decides, como siempre: una sauna, un local de vicio y perversión o un parque.

*Encontrarás una sauna con mucho calor y mucha gente en el capítulo 25, un bar de mala fama en el 4 y un parque con gente que pasea a altas horas de la madrugada en el capítulo 43.*



Sigues a la chica hasta el lugar donde debe estar su amigo. El camino es largo, hay que esquivar a mucha gente, pero llegáis por fin junto a un grupo. Ella, con un golpe en el hombro, hace que se vuelva el chico en quien antes te fijaste. Has tenido suerte. Él te mira sorprendido. Tú esperas que su amiga os presente.

—Bueno —dice ella—, pues éste es Álex.

—Yo soy Yo —respondes.

—Encantado...


—Igualmente.

Tu sonrisa y la de Álex dejan una puerta abierta para la conversación. Su amiga desaparece sin que ninguno lo notéis y no os queda más remedio que empezar a hablar de cualquier cosa. Él, todavía con cara de sorpresa, intenta explicarse.



—¡Qué fuerte! Le había dicho a Lena que me gustabas, pero que conste que en ningún momento le pedí que nos presentara.

—Bueno, parece que se lo tomó como una indirecta. Y me alegre, claro...

Le has tirado la primera y la recoge con una sonrisa. Parece que la cosa saldrá bien, pero no cantes victoria de momento. La gente es muy rarita y más en sitios como éste y a estas horas. Una discoteca de ambiente no es buen lugar para comenzar un idilio. Aunque a vosotros no os importa




demasiado y seguís hablando tranquilamente, primero de tonterías, «se ha quedado buena noche», luego de asuntos de más importancia. Te cuenta sus cosas y tú algunas de las tuyas. No es apropiado desnudarse delante de alguien que acabas de conocer. Metafóricamente hablando, claro. Pero el chico es agradable, además de guapo. Y parece que tú le resultas igualmente interesante. Habláis casi a gritos, levantando vuestra voz por encima del ruido de La Antártida. Al principio no os importa, pero un rato después el esfuerzo empieza a cansarte. Álex lo nota y te sugiere que vayáis fuera y sigáis hablando sin ruido de fondo. Y, aunque la idea es tentadora, porque éste parece un chico al que merece la pena conocer, no puedes olvidar que tus amigos esperan tu regreso. Ahora dime qué prefieres, ¿volver con ellos o salir a la calle con Álex? Si le dices que tienes que marcharte es posible que lo pierdas para siempre. Puedes pedirle su número y prometerle un café algún día. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas. Por otra parte, si sigues hablando con él y sales de La Antártida sin avisar a nadie es posible que tus amigos se enfaden. Tú sabrás qué prefieres hacer.



*Si quieres dejar a Álex, pídele su teléfono, no seas tonto, y excúsate diciendo que tus amigos te esperan en el capítulo 9. En cambio, si no quieres perder esta oportunidad, sal con él a la calle en el capítulo 22.*

Acabas de llegar al parque y te encuentras con que ya hay bastante gente merodeando por aquí. Cobijadas detrás de los matorrales pueden apreciarse algunas sombras que se mueven de un lado a otro. Y hay quien incluso anda tranquilamente por la calle, sin miedo a que nadie pueda reconocerle con la luz de las farolas. Un hombre pasea al perro, otro finge hacer deporte. Todo ficciones, claro. No son horas para dedicarse a otra cosa que no sea dormir... O divertirse. Y tú has venido hasta aquí a lo segundo, claro.

Paseas tranquilamente por el césped y decides detener-te junto a un árbol para ver pasar la gente. Ya se te acercará alguno, o ya encontrarás a alguien lo suficientemente interesante como para insinuarte. Apoyas tu espalda sobre el tronco y, si fumas, es un buen momento para encender un cigarrillo. Si no, siempre puede valer un chicle o cualquier cosa que te distraiga un rato. Cerca de ti se pasean dos señores mayores que te miran y comentan entre sí. Pero tú haces como que ni siquiera los ves y sigues a lo tuyo, buscando entre las sombras a algún chico que te pueda gustar. Un hombre de unos treinta años, musculado y de rasgos marcados, pasa muy cerca de ti, casi rozándote. Te ha gustado, pero tiene pinta de no querer nada contigo. Podrías intentarlo, pero ni siquiera te ha mirado. Te da igual, porque hay más. Ese chico, por ejemplo, moreno y de peso medio, que se aburre siguiendo un camino arriba y abajo.



O aquel otro, más joven, que atraviesa el parque andando deprisa y sin pararse a mirar a nadie. Todo el mundo se acerca a mirarte, pero nadie se atreve a dar el paso, así que te aburres un poco y decides dar una vuelta. Te acercas a unos matorrales donde casi no ves nada, pero adivinas unas piernas desnudas que se mueven rítmicamente detrás de lo que parece ser el cuerpo agachado de un chico. Un hombre que ya pasa de los cincuenta anda por ahí cerca, afinando la vista para intentar ver mejor lo que ocurre detrás de los arbustos. Vuelve a pasar junto a ti el treintañero del principio y ves, a lo lejos, que el chico que andaba rápido cambia dos palabras con el moreno. Pero no congenian y se marcha cada uno por su lado: uno sale a la carrera y el otro se sienta en un banco. Mientras, sigue el movimiento en la penumbra y el señor que miraba hacia allí te ha visto y parece interesarse por ti. Se acerca, pero no te acaba de convencer y te alejas de allí paseando disimuladamente, como quien no quiere la cosa. Te cruzas con un perro sin dueño. Quizá esté perdido o lo haya sacado de paseo alguien que ahora mismo esté ocupado. Le sonríes y él mueve el rabo. Pero no has venido hasta aquí para relacionarte con animales. Al menos no con éste. El chico veloz vuelve a cruzarse contigo y empieza a ponerte nervioso que vaya tan rápido. El hombre musculado se detiene junto a un árbol y enciende un cigarro, que fuma tranquilamente apoyado en la corteza. Te mira. Y el moreno del banco sigue allí, sentado y observando cómo el señor cincuentón se te

acerca por detrás. Parece que sólo una persona se interesa por ti, aunque no sea precisamente de tu gusto. Puedes averiguar qué te propone este hombre o ir detrás de alguno de los otros y probar suerte. ¿Con quién quieres intentarlo?

*Si tienes curiosidad por saber para qué te sigue este señor, ve hasta el capítulo 64. Si quieres intentarlo con alguno de los otros, síguelos a sus respectivos capítulos: el chico veloz está en el 55, el morenito del banco en el 30 y el que aparenta treinta años en el 47.*

*A ver qué tal escoges esta vez.*

Acabas de llegar a La Antártida y no es tan horrible como pensaste. Un lugar grande, decorado como si todo fuera de hielo, con una música bastante mejor de la que esperabas. Pero antes de que siga contándote lo que va a suceder en esta discoteca recién inaugurada, he de decirte que he recordado una cosa importante: ¿cuánto tiempo hace que no vas al baño? Puede que sea poco apropiado hablar de esto en una novela —ya sabes que hay muchas cosas que los personajes de ficción no hacen nunca—, pero esta historia es muy especial y quizá tengas ganas. Así que te doy la oportunidad de ir ahora o aguantar para siempre.

*Si no te aguantas más, ve al capítulo 18,  
que yo te espero aquí.*

Bueno, supongo que ya estás de vuelta o que no llegaste a ir. Pero ya es tarde para arrepentirse. La Antártida, como iba diciendo, es un local amplio que, por lo que parece, antes fue un teatro. Muchas luces de colores, mucha música más o menos buena y, sobre todo, mucha gente. A tus amigos también les ha gustado y se han puesto a bailar como locos. Tú les sigues, bailas con ellos, te unes al tumulto de cuerpos que se agitan sin más sentido que rozarse unos con otros. Y vaya roces tienen algunos. Vosotros, que vais en grupo, no dejáis de hacer las tonterías esperables. David le toca el

culo a Alberto, Alberto te lo toca a ti, Mario y su ligue se apartan a un rincón, tú bailas con César y Jorge se os une. Y Alberto dice «me encanta». Es un buen resumen, sí, pero es la expresión que utiliza para todas y cada una de las cosas que le gustan. Lo lógico sería decirle algo, como otras veces. Sugerirle que busque un sinónimo de una vez por todas. Pero ahora no. Ahora sólo te importa divertirme y disfrutar de la música. Y, hablando de ella, miras un momento a la cabina del pinchadiscos —o dj., si prefieres una palabra que no sea española— y reconoces a Manu, a pesar de que lleva puesto el disfraz de trabajar. Es un viejo conocido tuyo que te has ido encontrando en unos y otros sitios del ambiente, de camarero, de vendedor y últimamente poniendo música. Desde hace un tiempo, además, acompaña sus sesiones con un poquito de «performance» —que en castellano se puede traducir con «mojiganga», más o menos. Son notas culturales que te doy para hacerte mejor persona—. Esta noche viene medio travestido, con unos taconazos de impresión y una camiseta escotada. Es único para llamar la atención cuando quiere. Hoy no lo has reconocido porque el nombre que usa en este local —siempre los está cambiando— es nuevo: «dj Lancha». Decides acercarte a saludarle y cuando llegas pone cara de alegría y te da un poco de conversación.

—¡Hola, Tú! ¿Qué haces por aquí?

—Hola Manu. Nada, que nos enteramos de que el sitio este era nuevo y hemos venido a verlo. ¿Cómo es que ahora trabajas aquí?

—Ya ves, de un lado a otro, como siempre.

—¿Y lo de la lancha? —le preguntas.

—Hijo, que pareces nueva. Acuérdate de que soy de Ceuta y que lo de «patera» quedaba muy feo.

—Ja ja ja. Mira que estás loco.

—Sí, pero te encanta. Y qué, ¿te gusta el bar?

—Bueno, no está mal. Mejor de lo que me imaginaba.

—Acércate si quieres a saludar a Mamá, dile que vas de mi parte.

—¿Pero está tu madre aquí? —dices sorprendido.

—No, hombre. Pobre mujer... Me refiero a la drag aquella, que seguro que te va a caer bien.

—Ahora me paso. Y voy antes a la barra, que tengo sed.

—Pues nada, luego nos vemos. Un beso, maricón, y diviértete.

Dejas a Manu en su cabina y pides una copa en la barra. Buscas a la drag con los ojos y te sorprendes al verla. Tiene unas pintas más que curiosas. Extravagante sería el término. Rara también me vale. ¿Vas a saludarla o prefieres pasar de travestidos y volver con tus amigos?

*Si quieres conocer a Mamá, ve al capítulo 33, pero si crees que es mejor volver con tus amigos, regresa al capítulo 12.*



<Tú> Hola.

<oeste> Hola. ¿Qué buscas?

Empezamos mal. La gente que pregunta eso es que sólo anda buscando una cosa. Y a ti te gustaría responder «un chico que además de ser atractivo resulte inteligente y no una cerda inútil que pregunta “¿qué buscas?” al primero que pilla», o «estoy como loco buscando las llaves, que no sé dónde las he puesto». Y, aunque son ideas geniales, creo menos arriesgado responder con una pregunta.

<Tú> No sé, ¿y tú?

<oeste> Busco activo dominante que quiera venir a follarme toda.

¡Qué horror! Pero era de esperar. No es que no te apechezca, que no hay nada de malo si es así. Pero es que ésas no son maneras. Estas cosas, aunque sean intrascendentes, son mucho más interesantes si se hacen bien. El sexo anónimo, a pesar de que no vaya a dejar de serlo nunca, puede ganar mucho si uno finge eliminar el anonimato. Pero el tal <oeste> parece que, como yo suponía, es la mismísima bruja verde, que quiere quitarte tus zapatillas rojas. Fetichismos, ya sabes. Esta vez decidiré yo en tu lugar y haré que salgas corriendo de esta conversación. Si no te parece bien, lo siento mucho. Es mi novela y hago lo que quiero. Ya tendrás tiempo para realizar tus fantasías más obscenas con las historias que te cuente otro.

*Vamos, vuelve al capítulo 38 y escoge de nuevo.  
¡Corre!*

Quizá te hayas precipitado... Aceptar una propuesta por Internet así como así puede tener su lado malo. Pero para qué planteárselo. Total, si ya estás casi en su puerta. No vas a echarte atrás ahora. Demasiado tarde. Además, el chico parecía simpático y siempre está bien conocer gente nueva, ¿no? Pues anda, llama.

—¿Sí? —te dice Shawn desde el telefonillo.

—Hola, soy Yo.

—¡Sube!


Ya estás frente a la puerta. Llamas. Escuchas cómo se van abriendo los cerrojos y por fin aparece Shawn, sonriéndote de oreja a oreja. Y resulta que es guapo. Alto, delgado, con el cuerpo algo marcado. Pero lo mejor es su cara. Parece buena persona y, sobre todo, parece una persona alegre, divertida. Pase lo que pase, seguro que no te aburres. La casa es bastante pequeña y, nada más entrar, encuentras el salón, donde una mesita baja te espera con un vaso vacío.

—¿Qué quieres tomar?

—No sé, lo que tengas.

—¿Cerveza o ron?

Y escoges. Te llena el vaso. Empieza la conversación. Te pregunta por tus gustos y demás. En parte repite todo lo que ya habíais hablado por Internet. Pero es normal, acabáis de conoceros y no es lógico que os pongáis a hablar



de vuestras cosas más íntimas. Es buena persona, y guapo. Y es interesante, no uno de tantos que andan por Internet. Es posible que pudierais ser amigos. O quién sabe si algo más. Pero acabas de conocerlo, date tiempo. Aunque ahora la bebida empieza a hacer efecto y tienes la necesidad casi urgente de ir al baño. Le preguntas, te indica. Ganas un poco de tiempo a solas para pensar qué hacer con este nuevo conocido. Uno conoce gente casi a diario y rara vez se detiene a pensar en qué lugar debe de ir colocando esas nuevas adquisiciones. Pueden ser, potencialmente, amigos, parejas, pero también enemigos insufribles. También gente con la que conversar un rato, o hacer más cosas que conversar, y luego si te he visto no me acuerdo. Este chico, Shawn, es muy simpático y parece que habrá que colocarlo entre los conocidos para bien. Pero qué rango darle es complicado aún. Te gusta, sí, porque es atractivo y agradable. Pero ¿podrá ser algo más que un amigo? No te preocupes más por eso. Yo decidiré por ti esta vez, porque tengo pensado que, en cuanto salgas del baño, te lo encuentres desnudo sobre el sofá, como si eso fuera la cosa más normal del mundo. Y entonces tendrás que elegir tú. ¿Saldrás corriendo, porque no era eso lo que querías cuando viniste a ver a Shawn? ¿O aprovechas la ocasión, que a nadie le amarga un dulce?

*Si quieres huir de allí, corre al capítulo 51.*

*Si quieres quedarte, pasa al 20.*

El treintañero sigue apoyado en su árbol, fumando. Tú has decidido ir a por él y te haces el despistado, paseando entre los matorrales como quien no quiere la cosa, acercándote poco a poco. No se inmuta, sigue con su cigarrillo, echando humo. Tú, cada vez más cerca. Te mira, pero no reacciona. Quizá sea una invitación. Y, total, no pierdes nada por intentarlo. Así que llegas hasta su lado y sonríes. Él te echa el humo en la cara y, según los códigos de la adolescencia, eso deja las cosas muy claras. Adelantas la mano, ya convencido, la colocas en su entrepierna y empiezas a toquetearle, mientras él busca algo en uno de los bolsillos traseros de su pantalón. ¿Va a sacar un condón, tan pronto? Pero no, saca una cartera. ¿Va a ofrecerte dinero? Tampoco. Simplemente la abre y, en tanto que tú sigues a lo tuyo, confiado, te muestra su interior:

—Policía. ¿Serías tan amable de dejar de meterme mano y enseñarme tu carné?

—¿Cómo? —dices, más sorprendido que asustado. No creías que hacer esto fuera un delito.—Que me enseñes tu carné.

Mierda, no lo encuentras. ¿Lo habrás olvidado en casa? ¿Se te habrá caído en algún momento de la noche? Ni idea. Empiezas a poner cara de circunstancias, pero el policía éste no parece querer atender a razones. Es normal, es policía. Empieza a sonreír, burlón, y sólo dice:



—Vaya, vaya, un indocumentado... Vas a tener que acompañarme a comisaría.

—Pero, ¿por qué?

—Eso ya lo iré pensando por el camino.

Te agarra con fuerza del brazo y empieza a conducirme a un coche. ¿Será una trampa? Quizá no sea policía y vaya a violarte y dejarte tirado, quizá muerto, en cualquier sitio apartado, donde no encuentren tu cadáver hasta que hayan pasado varios años. Empiezas a sudar mucho y te tiemblan las piernas. Qué horror... Pero tampoco puedes hacer nada. El policía te monta en el coche y cierra la puerta. Que sea lo que Dios quiera.

*Yo que tú rezaba un poco antes de llegar al capítulo 53.*



Tú les tendrás mucho cariño a tus amigos, pero yo los mataba y me quedaba tan tranquilo. Claro que la maravillosa idea de quedarte sentado en la plaza con todo tu alcohol alrededor tampoco ha sido una genialidad. El caso es que te has quedado más solo que la una y David, Alberto, Mario y su chico —¿se llamaba Jaime? Ni yo mismo me acuerdo— han desaparecido. Y el policía se te acerca, con una sonrisita que yo creo que quiere decir que te va a poner una multa monumental. Por idiota, claro.

—Buenas noches —te dice.

—Buenas noches, señor agente —le respondes con educación fingida.

—Por favor, ¿me enseña su documentación?

Y ahora es cuando deberías suicidarte, porque no consigues encontrar tu DNI. ¿Perdiste la cartera? ¿Te la robaron? El caso es que vas totalmente indocumentado. A ver qué se nos ocurre para salir del paso...

—Es que... Me han robado la cartera...

—Claro, y el ladrón te ha dejado todo esto aquí para que pases el mal trago, ¿no? —te dice, y vamos mal, porque parece que a pesar de ser policía es inteligente y todo.

—¡Le juro señor agente que es cierto! —pero a mí me parece que el «señor agente» no se cree ni una palabra. Y lo que te pase ahora te está bien empleado, primero por chulo, por pensar que no te van a decir nada si no sales

corriendo, y segundo por levantar falsos testimonios, que quieras que no es un pecado muy gordo y, aunque a mí estas cosas me dan igual, te lo recuerdo para que te sientas un poquito peor.

—Bien, en estas condiciones debe usted acompañarme a la comisaría.

—¿¿¿Me está deteniendo por no llevar el carné de identidad???

—No te estoy deteniendo, pero todas las personas indocumentadas deben ir a comisaría hasta que alguien certifique que son quienes dicen ser. Y además, estás aquí de botellón, así que acompáñame.

En qué lío te has metido. Yo no sé si será legal todo esto. Al fin y al cabo sólo soy el narrador. Además, no es culpa mía que no hayas querido salir corriendo. Bueno, vale, lo del carné se me ha ocurrido para darle más gracia al asunto, pero tus decisiones dependen sólo de ti. Así que prepárate para visitar la comisaría...

*Pasa al capítulo 53.*



Has hecho bien. Estoy orgulloso de ti y todo. Pero, aunque hayas vuelto a bailar con tus amigos, sigues un poco cansado y aburrido. Quizá podrías irte a casa o buscar algo con qué entretenerte. David está ocupado, parece que por esa zona está un chico que le gusta y no deja de echarle miraditas. Mario y su ligue siguen perdidos y César ha ido con Jorge a la barra. Miras a Alberto suplicando distracción, pero sólo dice:

—Oye, pues al final está muy bien el sitio este.

—Sí —comentas—, no es tan horrible como creía.

—A mí me encanta —añade, con su frase de siempre—. Además, hay de todo: música buena, gente más o menos atractiva, las copas no están demasiado caras e incluso tienen un cuarto oscuro al lado del baño...

—Joder, pues sí, tienen de todo. Sólo falta algo para entretenerme.

Pero Alberto ha tirado la manzana de la discordia y te ha dado una idea. Un cuarto oscuro... No es más que la versión adulta del tren de la bruja o el juego aquel de «las tinieblas». Tú tienes que decidir qué vas a hacer: quedarte con tus amigos, ir a mirar qué encuentras en la oscuridad o, si sigues cansado, marcharte a casa.

*Si quieres darte una vuelta por el cuarto oscuro ve al capítulo 36, y acuérdate de llevar un mechero. En*

*cambio, si no te apetece o te resulta una opción completamente descabellada, pasa al capítulo 27. Por último, si quieres abandonar y volver a casa, despídete de todos y coge el autobús en el capítulo 31.*

## 50

<Tú> Hola.

<mag0> Hola, ¿qué haces?

<Tú> Pues nada, aquí, hablando contigo.

<mag0> Vaya, me alegro de que no hables con nadie más :P

<Tú> Ja ja ja

<mag0> Bueno, cuéntame alguna cosa, ¿no?

<Tú> No sé, ¿qué quieres que te cuente?

<mag0> Lo que te apetezca, es por pasar el rato.

<Tú> Así que yo sólo sirvo para pasar el rato...

<mag0> ¡No quería decir eso!

<Tú> Claro, claro...

<mag0> Bueno, en serio, hálbame de ti.

La cosa parece ir bien, y <mag0> parece un chico simpático. Es divertido. Te ha mandado una foto y parece atractivo. Además tiene algo en su forma de escribir que te inspira confianza. Quizá sea que él mismo parece confiar en ti y te habla como si ya te conociera. No sé. No sabes. Pero le cuentas tu vida, las cosas que te gustan, lo que haces cada día. Él corresponde con lo mismo: te habla de sus gustos, su trabajo, las cosas que hará, las que ya hizo y aquéllas que aunque quiere sabe que no podrá hacer nunca.

<mag0> ¿Te das cuenta de la cantidad de tiempo que llevamos hablando?

<Tú> Pues sí...

<mag0> Qué raro... ¿Cómo habrás hecho para conseguir que te soporte?

<Tú> Bah, inteligencia que tiene uno...

<mag0> Será eso...

<Tú> ¿Lo dudas acaso?

<mag0> Para nada, para nada... :P

<Tú> Ya, ya...

<mag0> Que sí, que no te cabrees, que era de coña...

<Tú> No sé si creérmelo :P

<mag0> ¡Créetelo!

<Tú> No sé, no sé...

<mag0> Bueno... Para compensarte... ¿Me dejas invitarte a algo?

<Tú> Uy, eso suena a proposición indecente.

<mag0> ¡Para nada! Bueno, no sé, puede...

<Tú> Ja ja ja

<mag0> ¿De qué te ríes ahora?

<Tú> Nada, que me hacen gracia tus comentarios.

<mag0> Pues muy mal, que iba en serio...

<Tú> Vale, vale. Bueno, y ¿cómo quieres quedar?

<mag0> Pues... ¿Tienes algo que hacer hoy?

<Tú> No. ¿Quedamos?

<mag0> Vale :D ¿En la plaza en una hora?

<Tú> ¿En qué plaza?

<mag0> Pues en la que queda todo el mundo, ¿en cuál va a ser?

<Tú> Vale, de acuerdo. A todo esto, ¿te llamas...?

<mago> Álex, ¿y tú?

<Tú> Yo soy Yo.

Y ya está hecho. En una hora conocerás a Álex. Más vale que corras a arreglarte, no vaya a ser que llegues tarde. Claro que aún puedes echarte atrás....

*Si quieres quedar con él, vuelve al capítulo 26. En cambio, si renuncias, posiblemente porque tengas un problema mental que te impida conocer a la gente simpática con la que te encuentras por el mundo, retrocede hasta el 38 y habla con otra persona o ve hasta el 5 y sal en busca de tus amigos.*

## 51

La velocidad, como el tiempo y el espacio, es un concepto relativo. Pero lo que importa es que has salido de casa de Shawn como alma que lleva el diablo. No te has tropezado por la escalera, pero has estado a punto, y no te has olvidado nada, gracias a Dios, cuando has puesto una excusa del tipo «acabo de acordarme» y has salido rápido y sin dar más explicaciones. Y ahora por fin estás en la calle.

Perdona mi frivolidad, que quise ofrecerte sexo cuando quizá tú sólo pretendías conocer a alguien que te cayó simpático. Por lo menos te di la oportunidad de decir que no. Pero ahora la historia debe continuar y después de tu huida tienes que decidir qué vas a hacer ahora. Te recuerdo las opciones que tienes: puedes coger el autobús y volverte a casa, que al fin y al cabo hoy no querías salir a la calle, o ir a buscar a tus amigos. Claro que también se me ocurren muchas otras cosas que puedes hacer tú solo un sábado por la noche...

***Si quieres irte a casa, coge el autobús en el capítulo 31. Si prefieres reunirte con David y los demás, adelanta hasta el capítulo 62. En cambio, si te pica la curiosidad y quieres saber qué cosas tengo preparadas para ti solo, ve hasta el 41.***

Luego no digas que no te avisé: tu ex pretende quedar contigo hoy mismo:

*Dani dice:* ¿Qué vas a hacer hoy?

*Tú dices:* Pues aún no lo había pensado.

*Dani dice:* Si te apetece, te invito a tomar un café o algo...

*Tú dices:* No sé qué decirte... Tendría que recoger la motosierra de la tintorería...

*Dani dice:* Ja ja ja, qué gracioso.


*Tú dices:* Es por quitarle un poco de hierro al asunto.

*Dani dice:* Bueno, ¿qué? ¿Quieres o no?

*Tú dices:* Está bien... ¿Dónde quedamos?


*Dani dice:* Pues donde siempre, en cosa de hora y media.

Y ya está hecho. Pero resulta extraño que haya sido tan fácil, y te asusta volver hacia atrás. Además, vais a veros «donde siempre». El pasado se compone de unas partículas mínimas: recuerdos. Por eso se inventó el olvido, la entropía de la memoria, para evitar reunir de nuevo todos esos átomos y reconstruir lo que ya ocurrió. Viajar en el tiempo sólo sirve para destrozar la lógica natural. Aunque Dani lleva ya tiempo recuperando partículas. Unas veces te habla de una canción que sonaba mientras os besabais, otras de aquel parque donde pasasteis una noche de verano. Incluso ha llegado a recordarte la fuente junto a la




que os disteis el primer beso. Y ahora esa cafetería donde pasaste con él tantas tardes. Es un átomo muy gordo. Quizá demasiado.

Mientras te preguntas a dónde te llevará todo esto, apagas el ordenador y entras a la ducha. ¿Debes arreglarte a conciencia o aparecer hecho unos zorros? Si te presentas mejor que nunca pensará que todo te va genial, que no lo necesitas cerca. O creará que te has preparado a propósito para hacerle pensar eso. Si apareces hecho un asco quizá crea que ya no intentas impresionarle. O, igual que antes, que sólo pretendías hacérselo creer. Qué difícil. Será mejor que el azar decida por ti: coges cualquier pantalón, cualquier camiseta, unas zapatillas y te echas a la calle.



Ya en el bus sigues pensando. Piensas demasiado. A veces tus amigos te dicen que deberías darle menos vueltas a la cabeza, que pareces la niña de *El Exorcista*. Pero esto es algo importante. Tu ex se había convertido ya en un fantasma. Tenía el rango de aquellos juguetes de cuando eras niño, de los que te acuerdas en contadas ocasiones. Aunque con ellos siempre sonríes, y Dani es un juguete que todavía duele un poco. ¿Qué cara debes llevar? ¿Pena? ¿Resignación? ¿Alegría? Vete a saber. El caso es que ya has llegado, te estás bajando del autobús y un poco más adelante, enfrente del bar, Dani ya está esperándote. Guapo, sí, pero menos de lo que recordabas. Te mira con cara de miedo. Igual se ha creído lo de la motosierra. Todavía estás a tiempo de echar a correr, pero ya que estás allí... De








perdidos al río. Total, un café no le hace daño a nadie. A no ser que sea el de la Facultad.

*Sigue leyendo en el capítulo 37.*


La madre que los parió. Luego se preguntarán por qué la gente les tiene tanta manía. Pero es que la policía tiene una forma de comportarse que dan ganas de montar una revolución, sólo por poder entretenerse uno tirándoles piedras a la cabeza. Y éste que te ha detenido más que ningún otro, porque aunque había empezado en plan serio y formal — dentro de lo que cabe— se ha ido animando poco a poco y se ha convertido en un personaje cómico. Bueno, sería cómico si no fueras tú el detenido, porque ahora no tiene ninguna gracia, a pesar de que sus comentarios —de esos tan simpáticos del tipo «vaya con los maricones, que se olvidan el carné»— son para no parar de reírse. Reírse por no llorar, claro. Aunque en el fondo la sombra de las rejas del calabozo te dan un aire interesante, así como de actriz “años cuarenta”. Vale, es una broma, que yo entiendo que no estés de humor. Pero como al fin y al cabo eres mi personaje —espero que no te hayas creído que mi función era sólo contarte cosas. Para nada, yo soy aquí el que manda, que para eso soy el narrador— y, como eres un personaje mío, decía, puedo permitirme el lujo de hacer algún que otro comentario. Espero que no te sienten mal, es sólo por amenizarte el rato que vas a estar arrestado.

Vaya sitio para pasar la noche. Un calabozo en una comisaría de segunda. La recuerdas de alguna vez que has venido a denunciar que te robaron el móvil o la cartera y





no puedes tener peor recuerdo. Siempre hay un policía en la puerta, con cara de funcionario asqueado, cuya única función es evitar que entres a denunciar nada. Y una vez has conseguido pasar su filtro te hace coger un número, como si estuvieras en el mercado. Y cuando te das cuenta de que para que te toque faltan unos doscientos números y que sólo hay dos o tres personas en la sala de espera es cuando te dan verdaderas ganas de montar allí mismo una carnicería, con muchas vísceras y mucha sangre. Pero siempre te dejas la motosierra en casa. Yo siempre he creído que si no llegas a la comisaría con un tiro en la cabeza no les importa demasiado lo que vayas a contarles. Bueno, en ese caso habría que verlo, que el de la puerta es capaz de decirte algo como «sí, coja un número y vaya a sentarse, que ya le llamarán. Y haga el favor de taparse el agujero, oiga, que me lo está poniendo todo perdido». Pero esta vez es distinto, claro está, porque ahora no eres el que va a poner una denuncia, eres uno de los arrestados, y es lógico que te traten peor, que mira si es difícil.

Como iba diciendo, has llegado a comisaría y el policía «simpático» te ha metido en un calabozo. Y allí hay más gente, tan pintoresca que no puedo resistir la tentación de hacer algún comentario. Los más interesantes son la prostituta de la celda de al lado, que mira todo con cara de no enterarse de nada y debe pensar la pobre que todo aquello es normal; y el yonqui que tienes en tu misma jaula. Éste por lo menos es divertido. No te incordia casi nada y se



distrae gritando de vez en cuando alguna tontería. Ha soltado ya varios «Viva la República» y te ha caído simpático y todo. Aunque también dice cosas menos revolucionarias: ha pedido varias veces un abogado, e incluso le ha preguntado a la mujer de al lado que si tiene dinero para comer, que seguro que era para drogarse, pero bueno, «más triste es de robá». Y claro, la cara de la pobre ha sido tan divertida... Si en el fondo te estás entreteniéndolo y todo, no me digas que no. Terminarás por encontrarle la gracia, te lo digo yo.

Llega un policía, éste con pinta de ser más persona que el primero, y pregunta por ti. Ya era hora de que alguien te hiciera caso. Te levantas, te acercas a la reja, y te dice que si quieres un abogado, aunque te comenta que no cree que te vaya a hacer falta, porque tu situación no pasa de ser una tontería, en el fondo, y se resolverá con un trámite que ya están haciendo. Y ahora tienes que decidir, ¿pides un abogado de oficio, por si acaso, o haces caso a este hombre, que parece más simpático, y pasas de montar un pleito? Tú sabrás.



***Si quieres un abogado, pasa al capítulo 59,  
a ver quién viene a defenderte. Si prefieres dejar  
que este señor te solucione la vida, ve hasta el 8.***



Vuelves con tus amigos, aunque la situación sea ya casi insoportable y tengas ganas de marcharte. Te aburres y, después de todo lo que te ha ido pasando en La Antártida, crees que ya va siendo hora de salir de allí. Pero aún te tengo reservado algo. Son mis ganas de incordiar, ya deberías estar acostumbrado.

El chico más atractivo del mundo cruza la discoteca acercándose al lugar donde estás con tus amigos. Dios santo, qué bueno que está. Ojos verdes. El pelo algo rizado. Un cuerpo definido, ni delgado ni demasiado musculado. Llega hasta tu lado y te sonríe de un modo que te hace perder los estribos y, como te descuides, también la ropa interior. Tú babeas sin ningún pudor y pones una cara que quiere decir «todo lo que me digas lo interpretaré como una orden. Haz conmigo lo que quieras». Él, muy seguro de su poder de atracción, te pregunta:

—¿Te importaría que te presentara a un amigo?

Vaya chasco. Algo malo tenía que tener esto, ¿no? Pero se te ocurre que, si éste tiene este aspecto, quizá su amigo se le parezca y valga la pena acompañarle, además de que así se morirían de envidia César y Jorge. Y Alberto, que acaba de volver junto a vosotros. Tienes que decidir rápido, ¿quieres conocer al amigo de este regalo de Dios a los mariquitas o lo dejas marchar?

*Puedes seguirle hasta el capítulo 6 o seguir leyendo  
en el capítulo 9 con tus amigos. Tú sabrás.*

Vas a intentar que el chico que anda tan rápido se fije en ti, así que ya puedes echar a correr detrás de él. Empiezas a seguirle y parece no darse cuenta, porque sigue con su ritmo acelerado por un camino de tierra bastante largo. Tú tienes miedo de tropezar, porque vas tan rápido que apenas tienes tiempo para mirar por dónde pisas. Y encima está oscuro. Aunque no parece importarte demasiado, porque sigues detrás de él, que sube ahora un montecito con césped. Ojalá se le ocurra parar, para que por lo menos podamos respirar un momento, que yo también me he cansado de tanto correr. Pero no, ha subido la pequeña montaña y se ha metido detrás de unos arbustos. Quizá sea una invitación... No lo dudes más y ve hacia allí.

Entre los matorrales distingues su cuerpo a lo lejos, iluminado por la luna. Apoyado en el tronco de un árbol, a unos diez metros de donde nos encontramos, tiene los pantalones bajados y se masturba mirándote. Lo conseguiste. Empiezas a acercarte, sonriendo para saludarle antes de echar mano a... ¿Pero qué hace? Apenas te quedaba medio metro para tocarle cuando se ha subido los pantalones y ha echado otra vez a andar. Sale de entre los arbustos y baja el monte de nuevo, alejándose de nosotros. Este chico está loco y tú estás hecho polvo. Yo creo que va a ser mejor dejarlo por imposible, antes de que te caigas al suelo muerto de cansancio.

*Descansa un poco, si quieres, y pasa al capítulo 65.*



Estás fatal. Y también estás perdido. No tienes ni idea de dónde te has bajado del autobús, pensando sólo en seguir al chico de los ojos azules. El barrio huele a delincuencia. Al final te roban y todo. Pero no te preocupes, que aunque soy el narrador soy buena persona y en el fondo te he cogido aprecio. Me inventaré otra cosa.

Ojos azules, después de bajarse, empieza a caminar, quizá demasiado despacio. Bueno, tan despacio que se ha quedado parado. Y tú mientras sigues ahí quieto, pensando en cuál es el siguiente paso. Pues seguirle, claro, ¿qué si no? Así que das un paso y Ojos azules empieza a andar. Baja la calle, gira a la derecha, y aparece un parque. De vez en cuando se vuelve, supongo que para ver si lo sigues. Qué miedo. Igual te roba o algo. Con lo mal que está el mundo cualquier cosa es posible. Pero ya que estás, síguete. Además, no tienes más de veinte euros en el bolsillo, así que el destrozo no iba a ser muy grande.

Árboles, muchos árboles. Y bien hechos, no como ésos de los parques nuevos que dan tanta lástima. Árboles grandes, frondosos, y matorrales que pueden esconder cualquier cosa. Ojos azules es listo. Sigues andando detrás de él. Árbol a la derecha. Árbol a la izquierda. Saltar un arbusto. Camino de tierra. Entonces se detiene. Sí, estás literalmente en medio de ninguna parte. El típico sitio donde nadie se acerca porque da un poco de miedo. Y tú estás

temblando. Pero al mismo tiempo la situación te produce una sensación morbosa que juguetea con el pánico. Y allí está él, apoyado contra un tronco, con cara de que pasaba por allí y quiso parar a mirar el paisaje. Te toca a ti.

—Hola —le dices, acercándote.


—Hola.

—¿Qué tal?


—Bien, aquí dando un paseo...

Y entonces se termina la conversación. Casi que mejor, porque era más absurda que una tertulia de la Cope. Sí, te besa. Le devuelves el beso. Lo hace bien, con una candidez que no te esperabas. Casi no son besos. Son caricias, labio con labio. Tú estás tenso, claro, sigues con miedo. Pero él empieza a ganar confianza. Te abraza con suavidad. Coloca sus brazos alrededor de tu cintura. Es el momento crítico, ¿dónde pondrá ahora las manos? Y empieza a acariciarte el culo por encima del pantalón. Tú haces lo mismo. Disfrutas de su cuerpo. Lástima, ha cerrado los ojos y eran bonitos. Los ojos azules siempre dan algo de miedo. Son demasiado impersonales. Pero los suyos no. Eran profundos. Signifique lo que signifique esa expresión.


Mientras tú pensabas tonterías, Ojos azules seguía a lo suyo. La mano se ha deslizado por dentro del pantalón y hace fuerza hacia arriba, como queriéndote coger en brazos. Tú te paseas por su espalda, mientras sientes la presión en la cadera. O es el móvil o lo que estamos pensando. El chico de los ojos bonitos gira la mano en torno a tu




cadera y empieza a quitar botones. Uno, dos, tres, cuatro... Y como no quedan más, pantalones abajo. La situación es ridícula, sí. Estás en medio de un parque, en calzoncillos, mientras un chico te besa y te acaricia. Pero relájate y disfruta, que se ha puesto de rodillas. Con besos en torno al ombligo, Ojos azules sigue explorando y deja tu erección al aire. Bien, parece que ya está claro. Por eso te miraba en el autobús. Quería que sintieses cómo juega con su lengua en tu entrepierna. Cómo mueve la cabeza teniéndote en la boca, dentro y fuera, dentro y fuera. Cierras los ojos, le acaricias el pelo. Le dejas hacer.



Pero cuando los abres te das cuenta. No estáis tan solos como pensabas. A pocos metros de vuestro árbol hay un perro, con cara de teleñeco, que os mira y parece reírse. Lo que te faltaba, un mirón en versión canina. Cuidado con los dientes... Aunque los perros suelen tener un dueño y, a pesar de que son las tantas de la madrugada, la gente tiene unas costumbres muy raras. Buscas de un lado a otro y lo encuentras. Un señor que mira y se hace el loco cuando advierte que le has pillado. Quizá a ti no te haga gracia, pero la situación es divertidísima. Además, con eso del sexo oral siempre has tenido tus problemas. Uno no puede hablar y el otro no sabe qué decir. ¿Le dices a Ojos azules que hay público?





—Oye... Hay un señor con un perro... —y abre los ojos de pronto. Azul. Se levanta. Se abrocha el pantalón. Sale corriendo. ¡Pues qué bien! ¿Y ahora qué haces tú solo, con



los pantalones bajados, en medio del parque más perdido del mundo? Nada. Vístete y sal de ahí. Vaya calentón más tonto.

Vuelves a la parada del bus. Lo suyo sería terminar de marcharte a casa, pero ¿de verdad te apetece? Siempre puedes volver al centro, buscar a tus amigos, tal vez sigan por allí. No sé, cualquier cosa. Es tarde, pero no demasiado. Quizá todavía puedas encontrar otro chico de ojos claros. Uno que no salga corriendo. Porque lo de Ojos azules ha sido bastante patético. Además, seguro que eran lentillas.

*Si decides volver a casa, sigue leyendo en el capítulo 69. Pero también puedes buscar a tus amigos en el 24, o seguir la noche del sábado tú solo en el capítulo 41.*



Giras sobre ti mismo y te dejas caer sobre el chico de la izquierda. Notas su cuerpo duro, delgado, que se interpone entre tu vientre y la pared. Está bueno, eso es seguro, pero no suficiente. Él mueve los brazos y los coloca en tu cintura, rozándote apenas el culo con las manos. Timidez, no se atreve a dar el primer paso. Pero te abraza bien. Continúas. Buscas su cara con los labios y te encuentras con su boca. Le besas detenidamente, disfrutando del contacto de tu lengua con la suya. Él sube un poco las manos y te acaricia la espalda. Suave, manos delgadas. Uno de sus dedos asciende por tu columna. La otra mano nada en tus calzoncillos. Tú mientras le acaricias la cara. No ves, tienes que adivinarle. Dibujas su flequillo cayendo sobre los ojos, sus cejas algo espesas, los rasgos suaves. Besándole en los labios enredas con la tuya su nariz, ni grande ni pequeña. Perfil griego. Y bajas con la boca a su cintura, lamiendo como un gato, haciendo cosquillas. Percibes su placer en la contracción de los músculos. Te coge de la nuca, jugando con el pelo. Una mano desabrocha su pantalón. Otra te va quitando el tuyo. Quizá demasiado rápido, te ha dado en la cara. Pero te gusta. La acaricias con la mejilla, colocas sobre su punta los labios entreabiertos. Sacas la lengua un poco. Luego abres el paso y va colándose en la boca. Le gusta, lo pasa bien. Pero se aparta para hacer lo mismo. Más lento, juega más con tu entrepierna. Y se pone de pie y

seguís besándoos. Colocas entre sus glúteos tu derecha. El índice abre paso para luego. Él disfruta. Acelera los besos. Se aparta para respirar. Giras su cuerpo con la mano. Se apoya en la pared. Te da la espalda. Abre un poco las piernas para invitarte a entrar. Te acercas despacio, rozándole apenas. Él te detiene. Un condón entre los dedos, quiere ir seguro. Hace bien. Te lo pones y vuelves a sus piernas. Sólo tienes que apuntar e ir entrando con cuidado. Se reuerce al principio. Duele. Pero va aceptando tu embestida. Empieza a marcarte el ritmo. Acerca o retira su cadera de tu cuerpo. Es genial, lo hace de vicio. Y poco después casi no puedes contenerte. Un rato más y todo habrá acabado. Pero aminora el paso y recobras fuerzas. Despacio ahora, acelerando luego. Tu izquierda sobre su pecho, tu derecha le masturba con más prisa cada vez. Él suspira, tú gimes. Muerdes la nuca. Empieza a murmurar. No le entiendes. Sigues con lo tuyo. Sobre tu vientre la caricia de sus glúteos, suaves, pequeños, firmes, que caben en la mano. Ya casi no podéis aguantar más. Le avisas, «estoy a punto», y dejas de contenerte. Cuando ahogas el grito en su interior le escuchas decir:

—¡Sigue, sigue! ¡Me encanta, me encanta, me encanta!

Esa voz, esa expresión... Hay algo que te resulta familiar. Acabas de terminar y te lo has pasado genial. Pero la duda no te deja concentrarte. Intentas pensar, mientras él disfruta de su final y repite la frase. Y lo entiendes. Con vergüenza, casi con miedo, preguntas:


—¿Alberto?

Pero no necesitas respuesta. Intentas quedar bien, murmuras «Anda, vamos fuera». Sales de él y sales de allí corriendo.



*Después de la sorpresa tienes que decidir qué prefieres hacer. Quizá necesites una explicación y quieras hablar seriamente con Alberto. Avanza entonces hasta el capítulo 68. Pero también puedes hacer como que no ha pasado nada, hacerte el loco y evitar complicaciones. En ese caso vuelve al capítulo 54.*

Parece que el chico del baño empieza a impacientarse. Se ha ido separando del urinario y puedes ver cómo empieza a masturbarse lentamente. Tienes que responder rápido, así que decides apartarte un poco tú también y enseñarle lo que pones a su disposición, que también ha ido creciendo como consecuencia de este encuentro. Él te mira, sonrío, y un gesto con la cabeza te indica que vayas a una de las cabinas. Obedeces y él te sigue, asegurándose antes de que no os va a pillar nadie. Una vez dentro cierra la puerta y corre el cerrojo. Ya no tienes escapatoria y, a decir verdad, te sientes un poco incómodo. No sabes cómo va a reaccionar este chico que, al fin y al cabo, es un completo desconocido. Pero él, sin mediar palabra, empieza a acercarse a ti. Tú te dejas hacer. Pasa sus manos en torno a tu cintura, escondiéndolas debajo de la camiseta. Muy despacio empieza a subirlas por tu cuerpo, dejando luego caer la derecha hasta el pantalón, que va desabrochando lentamente. Tú, entonces, intentas corresponderle, pero con un movimiento rápido de su mano izquierda te sujeta los dos brazos e impide que te muevas. Se ha deshecho ya de tus vaqueros y, mientras te sujeta las manos con la izquierda y pasea su derecha por dentro y fuera de tus calzoncillos, el chico del baño empieza a morderte el cuello. Cuando menos te lo esperas un tirón te quita los calzoncillos y por fin consigue lo que quería: tenerte a su entera disposición. Baja entonces la





boca hacia tu pecho ya descubierto, y con besos pequeños y algún que otro mordisquito desciende desde tus pezones a tu ombligo, jugando luego con los labios alrededor de tus ingles. La situación es más que excitante y él aprovecha un momento en que miras al techo para irse deshaciendo de su ropa. Casi de forma instantánea estáis los dos semi-desnudos en la cabina del baño y el desconocido coge de algún lugar un preservativo. A pesar de ser tan directo va preparado. Lo abre y empieza a colocárselo. Ya sabes qué te va a tocar hacer o, más bien, qué va a tocar que te haga. Con sus brazos, más fuertes de lo que imaginaste, te da la vuelta de un modo un tanto brusco que en el fondo te ha gustado. Va agachándose poco a poco, bajando con la lengua desde la nuca por la espalda hasta acabar jugando con ella entre tus glúteos. Lo hace bien, muy bien, y te va preparando para lo que va a venir ahora. Notas su mano entre tus piernas que, como un ejercicio de calentamiento, se divide en muchos dedos que entran y salen de ti a su antojo. Vuelve a ponerse de pie y, con mucho más cuidado del que habías esperado, se abre paso por tu cuerpo. Al principio duele un poco, pero parece darse cuenta, porque retrocede y vuelve a empezar hasta que estás preparado del todo. Él lo nota y acelera. Despacio, primero, y luego cada vez más rápido. Al cabo de un tiempo la escena, que empezó siendo tranquila, se convierte en algo mucho más salvaje, y el chico del baño mueve la cadera a una velocidad de escándalo. Te agarra la cintura con los brazos.



Te sujeta las manos contra la pared. Te masturba mientras te besa la nuca o te jadea en el oído. Siempre silencioso, para que nadie os escuche, notas su aliento detrás de ti, igual que sientes cómo se te encaja entre las piernas cada vez más profundamente. Comienzas a escuchar su respiración entrecortada y adivinas que está a punto de terminar. Y das gracias al Cielo: tú tampoco aguantarás mucho más. El chico cambia de ritmo y tú estallas dejando escapar un quejido que él responde con una exclamación. Habéis terminado. Él detiene sus movimientos y apoya su pecho en tu espalda. Tú vas recobrando poco a poco la respiración y observas la pared que has manchado.

—Joder, qué maravilla —te dice mientras se separa de ti y empieza a vestirse.

—Sí, ha sido genial. ¿Haces esto muy a menudo?

—No... Te vi entrar, me gustaste y te seguí. A todo esto, me llamo Nacho.

—Yo soy Yo.

—Pues encantado, ¿no? —dice, intentando terminar la conversación.

—Sí, encantado —respondes mientras ya vestido sales en busca de tus amigos. Sabes de sobra que algunos encuentros son siempre breves.

*Y ahora vuelve al capítulo 44.*

San Ivo es el patrón de la justicia y yo que tú empezaba a rezarle. También está San Raimundo, así que puedes elegir. Y no es que yo sea muy devoto, es que con los abogados de oficio nunca se sabe, que igual aparece uno que sabe lo que está haciendo que otro que te deja en la cárcel diez años más de la cuenta. Aunque quizá no sea tan malo, porque si te vas a prisión con un chico tan majo como el yonqui que tienes al lado te puedes entretener un montón, que lleva ya una hora dándote la charla y empiezas a cogerle la gracia y todo. Igual no deberías haber pedido un abogado, que seguramente estarías ya en la calle.

Pero no desesperes, que se oyen pasos por el pasillo y parece que alguien viene hacia aquí. Claro que pueden venir a decirte que te quedas en la jaula de por vida... Pero no, ha aparecido el guardia simpático, y te pide que le acompañes. Pasillo arriba, pasillo abajo, y llegáis a una salita de ésas de película, con mesa, tres sillas y espejo en la pared. Allí te toca esperar de nuevo y al rato aparece un abogado. Es un chico joven, no llegará a los treinta. Ni muy alto ni muy bajo, de peso medio pero bien formado. No, no te preocupes, éste no es un capítulo de argumento erótico. Simplemente quería que te hicieras una idea de cómo es el hombre que va a sacarte de la comisaría. Se te sienta enfrente y te empieza a explicar:

—Hola —se presenta—, soy Alejandro García, tu abo-

gado. Acabo de hablar con esta gente y la cosa está ya casi hecha. Vas a salir ahora mismo, en cuanto terminen de firmar unos papelotes.

—¿Tan fácil era?

—Pues sí, la verdad es que ni siquiera tenían por qué haberte detenido. La cosa no era para tanto, pero ya sabes cómo es esta gente.

—¿Entonces me puedo marchar ya?

—Sí, en cuanto el juez firme la orden nos vamos.

Ha dicho «nos» y supongo que eso indica que se irá contigo. No sé, tiene pinta de ser simpático, aunque venga disfrazado de picapleitos. Pero no sigas pensando, que el «poli bueno» ha abierto la puerta y te dice que ya puedes irte. «Pues adiós, y muchas gracias», respondes con retintín. Te levantas y sales de la sala de tortura, pero Alejandro García, tu abogado —así, como un anuncio—dice desde dentro: «Espera, que me voy contigo».

Salís a la calle y tú te planteas por qué te quiere acompañar este hombre. Se supone que si es «de oficio» no tienes que pagarle, aunque igual te suelta una factura, que nunca se sabe. Avanzáis en silencio calle arriba y ya piensas en salir corriendo, que siempre da un poco de miedo tener un abogado al lado, cuando te pregunta:

—¿No me invitas a un café por haberte sacado de la cárcel?

Y no sabes qué hacer, porque el chico parece simpático y es atractivo, pero que el abogado que te haya mandado

Dios sabe quién para sacarte de la comisaría pretenda ligar contigo —eso es lo que parece, por la cara con que lo dijo— es lo más raro que te podía pasar hoy. Bueno, quizá no sea tan extraño. Piénsatelo, un café a estas horas tampoco te vendría mal. Aunque también están tus amigos por ahí perdidos y no te importaría ir a verlos un rato. Y siempre quedan muchas otras cosas que hacer un sábado por la noche, sin amigos ni abogados.

*Si decides aceptar la oferta y llevarle a tomar ese café, adelanta hasta el capítulo 61. Por el contrario, si no quieres, dile amablemente que se te ha hecho tarde, que tienes que irte a casa porque te espera un perro imaginario que tiene que ir a la calle o un abuelo enfermo que no dormirá si no le llevas sus pastillas —o al revés—, y piensa si vas a buscar a tus amigos al capítulo 24 o prefieres considerar alguna de las otras opciones que te ofrezco en el 41 para divertirte por tu cuenta.*

Por alguna extraña razón, tal vez curiosidad, el padre Luis ha conseguido convencerte y te guía de camino hacia su coche. Tú esperabas encontrarte un papamóvil. Los curas son gente muy rara y uno nunca sabe cómo se desplazan de un sitio a otro. Lo lógico sería que levitaran, o algo como muy espiritual, pero eso es más que improbable. Habéis llegado ya y, para tu decepción, Luis no viaja en papamóvil. No, es bastante viejo y feo, el coche, digo. Un color blanco sucio, un modelo tan antiguo que casi no puedes reconocer. Pero un coche entrañable, al fin y al cabo. Le pega a un cura, pero quizá a éste no. Porque, como ya te dije, el padre Luis es un sacerdote joven y atractivo. Tendrá unos veintiocho años, moreno de piel y de cabello oscuro. No está gordo pero tampoco delgado. Es el típico chico normal de cara bonita, de esos que le gustan a uno para compartir muchas más cosas que una sola noche.

Os habéis montado en el coche y Luis te ofrece la posibilidad de ir a otro sitio. Dice que el parque no le acaba de gustar y que también podéis hablar con tranquilidad en cualquier otro lugar. Tú te dejas llevar y acabáis en una calle perdida, no muy lejana, con vistas. Él aparca y para el motor. Os quedáis dentro del coche y eres tú quien continúa la conversación.

—Mira, por más que lo intento no acabo de entender qué haces aquí...

—Bueno —te cuenta—, no es demasiado complicado. Soy sacerdote, sí, pero eso no quiere decir que no pueda tener, a veces, ganas de compartir cosas con alguien, ya sea hombre o mujer.

—Ya, pero lo de la castidad...

—Eso es una tontería que se inventaron hace años para que los curas no tuviéramos hijos y no hubiera que repartir dinero con las herencias. Pero claro, yo creo que no podré nunca tener niños, a no ser que Dios me mande un milagro con forma de palomita y tal, como la última vez. Aunque en mi caso, por aquello de ser un hombre, supongo que una paloma no sería suficiente. Rezaré para que me toque un águila, como en el mito de Ganimedes.

Tiene sentido del humor, eso está bien. Además, no es tan cura como esperabas. Quiero decir que no va a adoctrinarte ni nada por el estilo. Es capaz de reírse de sus propias convicciones. Pero dice cosas que no acabas de entender.

—¿Ganimedes? —le preguntas.

—Sí, es un mito de la antigüedad, muy bonito y muy gay.

—Pues no lo conozco, o no recuerdo haberlo estudiado en el instituto.

—Yo te lo cuento. Zeus, el padre de los dioses, que los cristianos llamamos simplemente Dios, se enamoró del chico más hermoso de la tierra, Ganimedes, y se convirtió en águila para raptarlo y llevárselo al Olimpo. Ya sabes que el bueno de Zeus no se conformaba con seducir a la

gente de una manera normal, no. Si no se convertía en un animal parece que no se quedaba igual de satisfecho. Bueno, pues el mito, además, significa muchas cosas. Por un lado es la explicación de cómo un alma hermosa puede acceder a la inmortalidad y, por otro, es un ejemplo de que hasta Dios puede enamorarse de alguien de su mismo sexo, aunque sea sólo un rato.

—Vaya, es muy bonito. Muy interesantes las cosas que me cuenta usted, padre Luis —dices, bromeando.


—No me llames de usted, hombre, que me pones años y no me gusta. Bueno, ¿y tú qué cosas me cuentas?

Entonces es el momento de hablarle un poco de tu vida y, aunque cuando se conoce a gente en estos sitios se supone que no es apropiado decir la verdad, nadie sabe por qué, Luis te inspira la suficiente confianza para contarle tus cosas. Así que le hablas de todo lo que crees importante y él te escucha atentamente. Como si se tratase de una confesión, pero con mucho más interés. Al cabo de un rato habéis llegado, contando uno, opinando el otro, a un grado de intimidad que, aunque es sólo momentáneo, te da las fuerzas suficientes para hacerle a Luis la pregunta:

—Y entonces, ¿cuando vienes a estos sitios es que buscas sexo?




—Sí, claro, uno tiene sus necesidades. Pero hay formas y formas. El sexo por el sexo no es interesante, no es nada más que algo animal. Es mucho mejor que exista algo de confianza, de intimidad. Cuando contactas físicamente





con una persona y antes ya lo has hecho espiritualmente la unión es mucho más hermosa —te dice, colocándote una mano sobre la pierna. Y ahora empieza a estar todo más claro. Luis quiere acostarse contigo, sí, pero no de cualquier modo. Sus ideas sobre el sexo no le permiten hacerlo con cualquiera, tiene que ser algo especial o por lo menos aparentarlo. Ha dicho algo sobre que el sexo debe ser mucho más que contacto físico y te ha convencido. De un modo u otro ha conseguido seducirte con palabras, no con trozos de su carne. Una comunión mucho más perfecta, piensas. Y mucho más tierna, más humana. Por eso correspondes a su gesto y colocas una mano en su pierna mientras que con la otra le acaricias la cara. Le sonríes. Te gusta y ya no sólo como un cuerpo. También es una persona atractiva. Pero ya habéis contactado verbalmente. Llega el momento de ir más allá. De buscar una unión física. Luis, que lo sabe, se te acerca lentamente y por fin te besa con una candidez encantadora. Es un beso suave, lento, espiritual pero carnal al mismo tiempo. De ese modo os besáis un rato hasta que el cura decide que tenéis que poner os más cómodos. Se echa un poco encima de ti y empieza a mover el respaldo de tu asiento hacia atrás, hasta dejarlo completamente horizontal y tenerte a ti acostado. Pasa entonces a colocarse sobre ti y vuelve a besarte, tan bien o mejor que la primera vez. Ahora sientes sobre ti su peso. Su cuerpo se va enredando con el tuyo y no tardáis demasiado en empezar a notar que os sobra la ropa.

Tú le quitas la camisa, dando gracias al cielo porque no lleva alzacuellos, una cosa tan rara que no sabrías cómo desabrochar. Él te desviste despacio, con cariño, como si estuviera preparando la ceremonia del domingo —mañana—. Cuando toda vuestra ropa descansa en el asiento de atrás Luis continúa besándote, tranquilo y suave, rozando apenas su desnudez contra la tuya. Su erección acaricia la tuya, su cintura descansa sobre tu vientre, el hueco de su costilla encaja perfectamente en la costilla que a ti también te falta. Parece que Dios no le arrancó a Adán una costilla sólo para hacer a Eva. No, también estaba pensando en cómo hacer que dos cuerpos de hombre puedan abrazarse. ¿Lo sabían Caín y Abel? Y mientras siguen los rozamientos. Luis baja las manos tímidamente y te sigue acariciando, primero cerca del ombligo, luego más abajo. Te besa en el cuello, en el pecho, desciende hasta la cintura, roza las ingles. Pero no intenta el sexo oral. No hace falta. Sus labios, que en pocas horas entonarán la misa, saben darte placer sin que sea necesario nada más que sus besos. Son como los labios de Dios, como Dios besándote a través de uno de sus empleados más atractivos. Tú respondes a su abrazo como puedes, pero él no te deja hacer demasiado. Parece que sólo busca darte placer y que alimenta su sexualidad observando tu cara de satisfacción. Te queda poco para terminar. Le avisas. Asiente con la cabeza. Te pide que termines cuando quieras. Él, quién sabe cómo, parece estar también a punto. No te reprimes más. Estallas



en una bocanada de placer que te inunda el vientre y Luis, al mismo tiempo, derrama sobre ti todo su deseo. Pero no se aparta de tu cuerpo entonces. El cura se deja caer sobre ti y respira fuerte en tu oído. Abrazados, unidos con fuerza, uno sobre el otro. Hasta que él coge un pañuelo y empieza a limpiarte. Como la última cena, pero no los pies. El papel te acaricia muy suave y va eliminando los restos de vuestra unión. Cuando ha terminado vuelve, por fin, a su asiento. Ha terminado la ceremonia por esta noche. Luis se ofrece para acercarte a algún sitio, pero no te hace falta. Puedes pasear, no te importa. Así, además, podrás volver a la realidad más despacio, deteniéndote para asimilar cada uno de sus movimientos. Éste es un encuentro que no vas a olvidar, posiblemente porque fue algo mucho más allá de la carne. Te bajas de su coche y te despides con un beso. Él simplemente te dice:

—Ve con Dios, y no vuelvas a estos sitios. Tú te mereces mucho más.

*Da gracias al Cielo por esta experiencia  
y pasa al capítulo 65.*

—Vale, te invito, pero no tengo ni idea de dónde podemos tomar café a estas horas.

Al final te has decidido a pasar un rato con tu abogado de oficio. En el fondo te ha dado un poco de pena. Igual no tiene amigos y no sabe qué hacer un sábado por la noche. ¿Será la buena acción del día? Aunque no he de olvidarme de que el chico es atractivo y sabes que tiene una carrera y un trabajo, así que no pierdes nada dejándote seducir, en el caso de que sea eso lo que pretende.

—Aquí cerca hay un café que todavía estará abierto, ¿vamos?

Y os vais «al café», que te ha sonado demasiado bien y empiezas a temer por tus ahorros. Yo no sé si te gusta más tomar café que salir de discoteca en discoteca, pero debes saber que a veces, si el lugar es el apropiado, la conversación gana mucho más en el café que en un antro cualquiera, sucio y con una música horrible. Y este sitio está bien. No es de ambiente. Es sólo una cafetería, con un aire como de siglo diecinueve que no acabas de entender. Pero a tu abogado parece encantarle y se mueve como Pedro por su casa. Incluso ha saludado a la camarera al entrar. Os sentáis en una mesa en un rincón, pedís dos con leche, y decides ser tú quien empiece a hablar:

—Bueno, Alejandro, ¿me volverán a llevar a la cárcel por lo de hoy?

—Llámame Álex, mejor. Y no te preocupes por nada. Puede que te llegue una carta del juzgado, aunque estas cosas suelen acabarse aquí. En todo caso, me llamas y yo te echo un cable. Anota mi número.

Le das las gracias a Álex y apuntas su móvil. Debe ser la primera vez en años que guardas un número que te vaya a servir para algo más que entretenerte una noche de sábado. Pero entonces te das cuenta de que se te acaba de terminar la conversación y no tienes ni idea de qué contarle a este chico, que será todo lo simpático que quiera pero acabas de conocerle de una forma poco usual. No se te ocurre de qué puedes hablar con él, así que, antes de soltar un «pues se ha quedado buena noche», prefieres una frase más sincera.

—Bueno, cuéntame alguna cosa de ti para saber de qué podemos hablar.

—No sé... ¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que sea, es para tener conversación. ¿Por qué te hiciste abogado?

—Tampoco es una gran historia. Mi abuelo era abogado, mi padre era abogado y yo quería ser Presidente del Gobierno, pero me quedé en esto. Con suerte llegaré a ser concejal.

—¿Estás metido en política? —preguntas.

—Sí, pero es todo muy complicado.

—Vaya, qué impresión. Igual estoy tomando café con un futuro Jefe de Estado.

—¿Tú a qué te dedicas?

Y le cuentas tu vida. Por encima, claro, no vas a entrar en detalles con un desconocido, aunque te vaya cayendo mejor por momentos. Él te atiende, te pregunta. Parece interesado. No pone los ojos en blanco y te oye hablar sin escucharte, como pasa muchas veces. Y cuando por fin has terminado tu conferencia sobre ti mismo vuelves a la realidad y le preguntas con un poco de mala intención:

—¿Y no tienes nada mejor que hacer un sábado que sacarme de la cárcel?

—Bueno, la verdad es que no. Lo del turno de oficio es una putada, y cuando menos te lo esperas te llaman y tienes que ir. Además aquí tengo pocos amigos y no salimos por los mismos sitios, y como tampoco tengo pareja...

¡Pareja! ¡Es gay, no hay duda! Los heterosexuales siempre dicen «novia» y se quedan tan anchos. Se les llena la boca, porque con eso normalmente no quieren decir que quieran a alguien, sino que tienen sexo a menudo. A los gays les pasa lo mismo, no te creas, pero rara vez dicen «novio». Y es que en el fondo la palabra es horrenda y tiene un aire de familia católica, bienpensante y de derechas —«éste es el novio formal de la niña»— que da un poco de asco. Los gays siempre dicen «pareja», o «amigo especial» si son un poco cursis, pero «novio» nunca. A no ser que les hayan lavado el cerebro los programas del corazón y las asociaciones de gays, lesbianas, transexuales, bisexuales, transgénero, viudas y esposas legales. Pero lo que importa

ahora es que Álex ha dicho «pareja» y tienes que reaccionar de algún modo.

—Pues lo siento, porque pareces un buen partido —y así dejas claro que te puede llegar a interesar. Buena frase, sí señor.

—Gracias, pero no sé si será para tanto —y esto quiere decir que es un poco narcisista y quiere que se lo repitas. Y no te queda otra que darle ese gusto, porque no es cuestión de decirle «pues no, eres feo y hueles mal».

—Que sí, hombre, más de una querría pillar a alguno como tú —y usas el femenino con premeditación, nocturnidad y alevosía para ver por dónde sale.

—Jajaja, muchas gracias, hombre —y sale por peteneras sin atreverse a decirte claramente «soy gay y me gustas», que era lo que tú esperabas escuchar.

—Verás cómo de aquí a nada encuentras alguien que te interese —dices, volviendo al género neutro, a ver si coge confianza.

—Eso espero —responde, mirándote con unos ojos (bonitos, por cierto) que quieren decir «sé por dónde vas, pero me gusta jugar, así que déjame hacerlo un ratito más». Aunque la vida no es como las películas y después de un «eso espero» no puede haber siempre un beso. Así que empieza un silencio incómodo y te planteas meterte debajo de la mesa, tirarte el café por encima o salir del bar cantando y bailando para distraer al público. Pero, como eres gay y eso te da un tanto por ciento de inteligencia superior a la

media —se supone, que para mí que es un tópico con el que estoy en desacuerdo en el ochenta por ciento de los casos—, se te ocurre pedir la cuenta para salir del paso. Entonces, mientras esperas que la traigan, recurras a la conversación más absurda:

—Pues me ha gustado el sitio este...

—Pues tendremos que volver otro día...

Y ahora sí que lo tienes pillado. Vaya con el abogado que se hacía el tonto. La camarera aparece con la cuenta y Álex se empeña en pagar. Se suponía que tenías que invitar tú, así que recurre a un truco que siempre funciona: «ya me invitarás al siguiente». Que funciona siempre, te explico, no porque asegure un segundo café, cena o copa, sino porque deja claras unas cuantas cosas que nunca viene mal que se sepan.

Ahora salís del bar y empezáis a caminar sin saber muy bien hacia dónde. Álex sigue tus pasos y tú los suyos. Cada uno evita separarse del otro y mientras seguís hablando. Imagina tú lo que te gustaría escuchar, que yo haré que sea precisamente eso lo que te dice el abogado. Y así, paseando y sin saber cómo, habéis llegado hasta una fuente y Álex se ha parado un momento. Parece que ha llegado un momento importante, y hay cosas que no deben hacerse andando.

—¿Sabes? Ésta es mi fuente favorita —te dice, con tono de confianza.

—¿Se puede saber el motivo?

—Aquí fue donde mi ex me besó por última vez. Era



un chico maravilloso, guapo, inteligente... Pero aquello no podía ser —por fin lo deja claro: «Era un chico...».

—Vaya, lo siento mucho —mientes.

—Hace tiempo que pienso que sólo cuando alguien vuelva a besarme en este mismo sitio se romperá el hechizo y podré olvidarme de él.

Y tú, que en el fondo te encantan los cuentos de hadas, no puedes resistir la tentación. Yo tampoco podría. Aprovechas un momento en que cierra los ojos —deliberadamente, seguro— y lo besas. Te mira fijamente. Temes por tu vida. Quizá te has equivocado. Pero sonrío, te coge de los hombros y seguís andando. Tú también sonrías. Hay besos capaces de romper más de una maldición y éste ha sido uno de esos. Ahora os dejo caminar entrelazados durante un rato, que un poco de cariño hace bonito en cualquier novela.

Pero la realidad tiene poco que ver con los cuentos de hadas y tú como mucho podrías ser Cenicienta. Se ha hecho tarde y el abogado tiene que volver a casa, aunque en el último momento te pregunta si quieres acompañarlo. Tienes que decidir de nuevo. ¿Te marcharás con Álex? Tal vez tus amigos estén pensando que te han secuestrado unos terroristas chiítas pero ¿vas a ser capaz de dejar pasar esta oportunidad? Piénsatelo dos veces.

*Si dejas que Álex se vaya y confías en el «mañana te llamo», busca a tus amigos en el capítulo 24. Pero, si quieres acompañarle, ve hasta el 67.*

## 62

Llamas a David para saber dónde andan tus amigos.

—Estamos en El Infinito —te dice.

—Pues yo creo que no voy a llegar nunca, porque ese sitio debe estar lejísimos...

—Qué gracioso. Es un pub que hay cerca de la zona de ambiente. Vente, que estamos sentados tranquilamente tomando algo y la música está bien.

David te da las señas del bar y te diriges hacia allí. A ver si hay suerte y las cosas que te vayan a ocurrir con tus amigos son un poco más normales de las que ya te han pasado hoy.


*Pasa al capítulo 19.*

Escapas del hombre que tienes delante y sigues al chico del flequillo. Éste, que te esperaba en la entrada a la sala de vapor, empieza a andar nada más ver que te incorporas. Tú lo sigues con alguna dificultad. La oscuridad hace que todo esté un poco borroso. Pero consigues averiguar hacia dónde te lleva. Su toalla, que se mueve con gracia tapándole el culo, se encamina hacia la habitación de las cabinas. Cuando llegas allí lo encuentras en la puerta de una de ellas, esperándote y metiéndose dentro nada más verte. Disimulando, como si importase que alguien fuera a fijarse en lo que haces, avanzas hacia allí. El chico está dentro y te espera apoyado en la pared, con los brazos cruzados y una mirada que, como antes, te invita a pasar. No te lo piensas dos veces. Entras y cierras la puerta. Empieza la acción.

Con un solo tirón el chico del flequillo te ha quitado la toalla y te encuentras completamente desnudo delante de él, que ya adelanta hacia ti los brazos y los deja caer sobre tus caderas.


—Hola —te dice.

—Hola, ¿qué tal? —respondes. Pero le da igual. No quiere conversación, era sólo una formalidad. Lo que pretende es algo muy distinto. Empieza a acariciar tu cuerpo y sonríe mirándote a los ojos. Tú empiezas a moverte y vas deshaciendo el nudo de su toalla mientras reaccionas a sus caricias y comienzas a excitarte. Sabe dónde tocarte.



Intentas hacerle saber que tú también le tocarás donde le gusta. Pero el juego de las caricias no es eterno y una vez le has quitado el paño empieza a avanzar con su boca hacia tu cuello. Mmm, lo hace con mucho cuidado, muy despacio. Utiliza los labios y la lengua para hacerte pequeñas cosquillas cerca del hombro izquierdo. Baja luego por el pectoral hacia el pezón. Le dedica un poco de tiempo. Y cae más tarde hacia el ombligo, desde donde empieza a rodear tu sexo. Como si no quisiera tocarlo. Notas que te besa el vientre, el interior de los muslos, que incluso roza con la mejilla la erección que le estás ofreciendo. Pero él se hace de rogar y todavía tarda un poco en empezar a chupártela. Jugueteas con su pelo. Se lo quitas de la cara y lo haces pasar entre tus dedos. Con las manos en la nuca le vas marcando el ritmo. Él se mueve muy bien, rápido o despacio según requiere el momento. Pero lo levantas del suelo, no quieres que sólo pase esto. Cuando lo tienes a tu altura te besa en los labios un momento, suave, justo antes de que seas tú el que se arrodille y repita el juego que te acaba de enseñar tu compañero de cabina. Despacio, haciéndote de rogar, poco a poco. Hasta que eres tú quien se la chupa a él. Usas la lengua, los labios. Acaricias su pecho con una mano y dejas que la otra juegue con su espalda, caiga hasta llegarle al culo y comience a tocarle la entrepierna. Él empieza a acelerar

su ritmo. Poco después decide dar paso a lo siguiente. Como tú hiciste antes, tira de ti hacia arriba y, sin mediar palabra, gira sobre sí mismo, ofreciéndote su espalda. El chico tiene las cosas claras. No te deja elegir. Te ofrece un condón. Podrías irte, si es que no es esto lo que te apetece. Pero ya que hemos llegado hasta aquí, continúa. Póntelo y déjate caer sobre su espalda. Colócate entre sus piernas y ve preparándolo, abrázalo. Lo merece. El chico se porta bien, lo ha hecho todo de manera tierna, sensual, muy humana. Pero no te pongas demasiado blando —es un decir—, porque ahora tienes que empezar a moverte. Con cuidado ve entrando en su cuerpo. Despacio. Que no duela. Ahora que ya estás dentro, empieza a mover las caderas. Hacia adelante. Hacia atrás. Suave, pero cada vez más rápido. Escucha sus gemidos. Te van pidiendo que hagas uno u otro movimiento. Ha parado, ¿por qué? Quiere cambiar de postura. Se da la vuelta y tira de ti hasta que vuelves a apoyarte sobre él, esta vez en su pecho. Levanta una pierna. La coloca en tu cintura. Te pide que lo hagas frente a frente. Cógele en brazos, saca fuerza de donde puedas. Él rodea tu cuerpo con sus piernas y deja que vuelvas a penetrarlo. Apoya su cabeza en tu hombro. Muerde un poco. Rodea tus hombros con los brazos. Le besas en el cuello. Cuida el equilibrio, pero no aminores. Le está gustando, lo notas. A ti te parece muy excitante



hacerlo de este modo. De pie, frente a frente. Con su espalda en la pared, con sus piernas rodeándote. Contigo dentro de su cuerpo. Hasta que no puedes resistir más. Y mientras eyaculas te das cuenta: sin tocarse siquiera te ha manchado el ombligo.

*Ahora date una ducha y pasa al capítulo 65.*

Aunque no te resulta para nada atractivo, este señor lleva siguiéndote un rato largo y ya empieza a cansarte. Pero también te provoca curiosidad. ¿No se ha dado cuenta de que no quieres nada con él? ¿O es que quizá quiere decirte algo que no tenga nada que ver con el sexo? Por eso, para evitar que siga acosándote, te paras en seco y giras sobre tus talones. Le has asustado y se ha quedado inmóvil. Supongo que está pensando qué decirte y, un segundo después, sólo pronuncia una palabra:

—¿Cuánto?

Al principio no lo entiendes. ¿Cuánto qué? Pero si estudias la situación detenidamente está muy claro: cuánto le pides, cuánto le cobras.

—Yo no cobro, no voy a aceptarle nada —le dices, dejando las cosas claras y, además, tratándole de usted, para marcar las distancias.

—Te doy cien euros.

¿Cien? ¿Sólo? Tú vales más, estoy seguro. ¡Qué se habrá creído este hombre! Te dan ganas de decirselo, de negociar el precio. ¿Cuánto estaría dispuesto a darte? Pero, de todos modos, si no tienes ningún interés, ¿para qué seguir hablando con él? ¿Será sólo curiosidad? Tú sabrás, puedes marcharte o averiguar si este señor está dispuesto a hacer una inversión...

*Si quieres irte corriendo pasa al capítulo 65  
y, si no, puedes negociar el precio en el 32.*



## 65

Después de la experiencia puede que sea el momento de marcharse de aquí. Aunque si te has quedado con ganas de más puedes volver atrás y pasar otra vez por la sauna, el parque o el bar. Mira un momento la hora en el móvil. Quizá sea muy tarde y debas marcharte a casa. Tienes un mensaje, léelo:


«Me he quedado con ganas de hablar + contigo. Si quieres quedamos dnd siempre dentro d 1 rato. Bso, Dani.»

La sombra de tu ex es alargada. ¿Cómo lo hará para aparecer siempre en cualquier parte, ya sea físicamente o con ayuda de las telecomunicaciones? Parece una maldición. Por todas las esquinas hay un recuerdo suyo. En casi todas las frases que dices hay algo que te lo recuerda. Quizá lo más apropiado sería enfrentarte a él de una vez por todas y pasar página. No sé. Las decisiones en este libro siempre las tomas tú. Puedes acudir a su llamada, volver a cualquiera de los sitios donde te has estado entreteniendo o marcharte definitivamente a casa. ¿Estás cansado? ¿Sigues con ganas de marcha? ¿Te atreves a ver a Dani y escuchar qué quiere contarte? La decisión es tuya.

*Si quieres volver a la sauna, el bar o el parque, pasa*


*al capítulo 41. Si prefieres coger el autobús que te dejará en casa, vuelve hasta el 31. Y si tienes el valor suficiente y quieres enfrentarte a él, sigue leyendo en el capítulo 37.*


El camarero, después de comprobar que quieres seguirle el juego, empieza a desvestirte. Con más cuidado del que esperabas, coge toda tu ropa y la deja en una especie de estantería que debe hacer las veces de taquilla. Estás completamente desnudo, sólo conservas las zapatillas. Una situación un tanto grotesca, pero es la que tú mismo has elegido. Mientras te planteas quién estará atendiendo en la barra, el chico comienza a toquetearte, frotando su erección contra la que tú empiezas a tener. Pasa sus manos por tu espalda, las baja hasta el culo, las sube de nuevo al cuello. Te besa, rápidamente, sin mostrar ningún tipo de cariño. Como si hubieran pasado cuatro siglos desde su último beso. Como un desatascador. No es agradable, se escapa de los cánones, pero también tiene su gracia. Tú te dejas hacer y correspondes como buenamente puedes: una mano allí, un dedo aquí dentro, un mordisco allá arriba... Todo se convierte en una tormenta de caricias apresuradas, hasta que el camarero empieza a calmarse y se concentra sólo en masturbarte. Tal vez demasiado rápido, pero sabes que te está poniendo a punto para seguir luego con más cosas. Miras a tu alrededor y aprecias cambios en la escenografía. Los grupos han cambiado, los diablos ahora son pecadores, otros siguen en su papel, y hay algunos que se marcharon. Entre estos últimos el trapecista-marioneta, que ha desaparecido de su columpio y lo ha dejado libre.





El hombre grande y calvo espera al siguiente voluntario y sí, mi malicia ha decidido que seas tú. El camarero te dirige hacia el columpio y tú no opones resistencia. Claro que, si no te apetece, puedes echarte atrás y escoger mejor qué capítulo vas a leer.

Si sigues aquí es que estás dispuesto a columpiarte. Te tumbas sobre el trapecio y el camarero va sujetándote para que no te muevas. Bocabajo, desnudo, con manos y pies atados, eres completamente vulnerable. Supongo que era eso lo que buscabas. Pero recuerda que en cualquier momento tienes todo el derecho a parar. Aunque lo de ahora te esté gustando: el camarero te la ha metido en la boca y tú la chupas con ganas. Mientras notas cómo el otro, por detrás, empieza a usar los dedos. Primero uno, luego otro más y así vas perdiendo la cuenta, hasta que notas un líquido frío. Menos mal, si no te iba a costar demasiado. El hombre grande sigue detrás de ti y no estás muy seguro de si se ha colocado un preservativo antes de metértela. Tú piensas que no va a pasar nada, yo pienso que eres bastante idiota. Lo hace rápido, bastante salvaje. Tú sigues sin poder decir nada con la boca ocupada por el camarero. Sale a escena un tercer personaje, que has visto de refilón por el rabillo del ojo: un hombre cuarentón que se te coloca debajo y, buscándotela entre el columpio, empieza a chuparla, mientras el hombre de atrás sigue cada vez más bruto, dándote azotes, y el camarero continúa embistiéndote en la boca. Un espectáculo taurino, donde viniste a torear y saliste cor-





nado. Pero, a pesar de todo, el placer te rodea por todas partes. Sí, has podido perder toda la dignidad que te quedaba. Tres hombres están haciendo contigo lo que quieren. Pero tú disfrutas como un loco. El camarero te ocupa la garganta, el de abajo chupa rápido y bien, y el de atrás ha cambiado de instrumento y empieza a emplear la mano. De pronto te olvidas de todo, sólo sientes cómo detrás de ti el hombre aquel, tan grande, te está destrozando despacio, introduciendo en tu cuerpo la mano hasta la muñeca. Duele, pero te vas acostumbrando. Y vuelves a preocuparte del camarero. Y aprecias otra vez el trabajo del tercero. Dos toros corneándote y un ternero mamando abajo. Y estás a punto de estallar. Avisas cómo puedes y todos os ponéis de acuerdo. A la una, a las dos... Y se acaba todo, por fin. Vuelves a la normalidad después de la novillada. Y olé.



*Ahora recoge tu ropa, que el camarero dejó colocada junto a tu dignidad, y llévate también todo el placer que has conseguido hasta el capítulo 65.*

No sé quién dijo aquello de «algún día la ternura moverá el mundo». Y tampoco me importa especialmente. Sólo sé que es una frase muy apropiada ahora, mientras caminas con Álex hacia la parada de autobús. Puede que te invite a su casa o que te diga el clásico «mañana te llamo», que sólo algunas veces se cumple. Quizá todo termine esta noche y quizá esta noche sea sólo el principio. Lo que importa es ahora mismo tu mundo gira por su culpa y que su mano rozando la tuya, como con miedo y sólo a veces, te hace sentir bien.

Y seguís andando calle abajo y hay que buscarle un final a esta historia. Yo diría que «aquí acaba la novela de la noche de tu vida» o algo que sonase profundo y memorable. Pero prefiero dejar que habléis vosotros:


ÁLEX: Me ha gustado mucho conocerte.

TÚ: A mí también me ha gustado.



ÁLEX: ¿Sabes? Creo que *éste es el comienzo de una gran amistad...*

TÚ: Vaya, yo esperaba mucho más que un comienzo.

***Fin***



*La historia te ha salido bien, aunque puedes volver al capítulo 1 e intentar que todo ocurra de otra forma. Lo que importa es lo que tú quieras hacer con esta noche en la que tú decides todo. A mí me lo puedes contar, si quieres, en estanochetudecides@gmail.com*



Le esperas en la puerta y no tarda mucho en salir. Con cara de vergüenza, los ojos bajos, porque sabe que esta situación te supera por completo. No sabes muy bien qué es lo que debes decir y, además, estás bastante cabreado. ¿Qué significa todo esto? Yo creo que lo mejor es que se lo preguntes.

—¿Se puede saber qué hacías allí dentro? ¿Me dijiste que había un cuarto oscuro sólo para poder seguirme y que nos liáramos? Alberto, ¿qué significa todo esto?

—Joder, tampoco ha estado tan mal, ¿no? —te dice, intentando defenderse.

—No, ha estado genial —lo admites—. Pero dudo mucho que haya sido todo una casualidad...

—Es que... No lo ha sido...

—¿¿Entonces??

—Pues verás... ¿No te has preguntado nunca cómo sería el sexo con alguien a quien aprecias mucho? Aunque nunca fuera a suceder, claro...

—No sé. No sé ni siquiera a dónde quieres llegar con esto —le dices, todavía enfadado.

—Yo sí. Tú me pareces un chico fantástico y, bueno, creo que el hecho de que seamos amigos no impide que en algún momento pudiera pasar alguna cosa más... Tú ya me entiendes...

—No, no termino de entenderte.



—Joder, no me lo pongas más difícil. Siempre me has parecido una persona muy interesante, y muy atractivo... Y, no sé... No quería morirme sin averiguar cómo haces las cosas de las que yo nunca podré disfrutar.

Alberto te lo ha explicado, por fin. Y ha puesto cara de cordero degollado. Pobre. Ahora, de nuevo, vuelves a mirarlo como un amigo. Parece que lo pasa mal y, esta vez, es por tu culpa. Por eso decides ser un poco más comprensivo...

—Entonces, con todo esto quieres decirme que te gusta, ¿no?


—Sí —confiesa, por fin.

—¡Pues no hacía falta montar todo esto!

—¿Eso quiere decir...?

—No, Alberto. Quiere decir que podríamos haber hablado como gente civilizada y que no era necesario liarme de esta forma para conseguir lo que tú querías. Tú a mí también me pareces una persona maravillosa, pero entre las cosas que me gusta compartir contigo no está el sexo, precisamente. Y no quiero decir que lo de antes no me haya gustado. Qué va, hemos estado genial. Pero nada más que eso, lo siento. Somos amigos y eso, aunque nos fastidie, no nos deja hacer algunas cosas que, por lo visto, haríamos muy bien...

Has conseguido aclararlo todo. Y te da pena. Alberto es un chico genial y además es muy mono. Pero sois amigos y estas cosas siempre acaban siendo demasiado complica-



das. Le das un abrazo, incluso un beso —de perdidos al río—. Lo sientes mucho, pero esto no entraba en tus planes esta noche. Y para volver a la normalidad no se te ocurre otra cosa que decirle:

—Anda, vamos a buscar a todos éstos...

*Ahora puedes volver al capítulo 27 (pág. 71).*

## 69

En fin, qué asco de bus. De un lado a otro, arriba y abajo, y tú siempre solo, mirando pasar la calle. Gente que viene, gente que va. O gente que espera, sabe Dios a qué. Y tú, que parece que siempre te estás moviendo, a veces sientes que siempre estás quieto. Que nunca te pasa nada.

Es tu parada. Bajas y buscas las llaves en el bolsillo. La vuelta a casa suele ser agradable. Pero esta noche no. Quizá porque vuelves solo, porque esperaste tener que indicarle a alguien dónde estaba el baño. También es posible que te preocupen otras cosas. Eso yo no lo sé. Sólo puedo decirte que te desnudas, despacio pero sin ganas, te tiras en la cama y cierras los ojos. Tu noche ha terminado prácticamente igual que comenzó. Estás igual de solo en tu casa. Pero ahora sientes que has perdido. Has perdido la oportunidad de hacer lo correcto. La oportunidad de volver acompañado.


## *Fin*

*Aunque no te haya salido bien la historia, siempre puedes volver al capítulo 1 (pág. 15) e intentar que todo ocurra de otra forma. Lo que importa es lo que tú quieras hacer con esta noche en la que tú decides todo. A mí me lo puedes contar, si quieres, en estanochetudecides@gmail.com*



## INDICE

<i>Capítulo 1</i> .....	15
<i>Capítulo 2</i> .....	18
<i>Capítulo 3</i> .....	21
<i>Capítulo 4</i> .....	23
<i>Capítulo 5</i> .....	26
<i>Capítulo 6</i> .....	28
<i>Capítulo 7</i> .....	30
<i>Capítulo 8</i> .....	33
<i>Capítulo 9</i> .....	36
<i>Capítulo 10</i> .....	37
<i>Capítulo 11</i> .....	39
<i>Capítulo 12</i> .....	41
<i>Capítulo 13</i> .....	43
<i>Capítulo 14</i> .....	46
<i>Capítulo 15</i> .....	48
<i>Capítulo 16</i> .....	50
<i>Capítulo 17</i> .....	51
<i>Capítulo 18</i> .....	53
<i>Capítulo 19</i> .....	55
<i>Capítulo 20</i> .....	59
<i>Capítulo 21</i> .....	62
<i>Capítulo 22</i> .....	65





<i>Capítulo 23</i> .....	69
<i>Capítulo 24</i> .....	74
<i>Capítulo 25</i> .....	75
<i>Capítulo 26</i> .....	78
<i>Capítulo 27</i> .....	79
<i>Capítulo 28</i> .....	80
<i>Capítulo 29</i> .....	82
<i>Capítulo 30</i> .....	83
<i>Capítulo 31</i> .....	86
<i>Capítulo 32</i> .....	88
<i>Capítulo 33</i> .....	91
<i>Capítulo 34</i> .....	95
<i>Capítulo 35</i> .....	97
<i>Capítulo 36</i> .....	100
<i>Capítulo 37</i> .....	102
<i>Capítulo 38</i> .....	105
<i>Capítulo 39</i> .....	107
<i>Capítulo 40</i> .....	109
<i>Capítulo 41</i> .....	111
<i>Capítulo 42</i> .....	113
<i>Capítulo 43</i> .....	115
<i>Capítulo 44</i> .....	118
<i>Capítulo 45</i> .....	121
<i>Capítulo 46</i> .....	123





<i>Capítulo 47</i> .....	125
<i>Capítulo 48</i> .....	127
<i>Capítulo 49</i> .....	129
<i>Capítulo 50</i> .....	131
<i>Capítulo 51</i> .....	134
<i>Capítulo 52</i> .....	135
<i>Capítulo 53</i> .....	138
<i>Capítulo 54</i> .....	141
<i>Capítulo 55</i> .....	143
<i>Capítulo 56</i> .....	145
<i>Capítulo 57</i> .....	149
<i>Capítulo 58</i> .....	152
<i>Capítulo 59</i> .....	155
<i>Capítulo 60</i> .....	158
<i>Capítulo 61</i> .....	164
<i>Capítulo 62</i> .....	170
<i>Capítulo 63</i> .....	171
<i>Capítulo 64</i> .....	175
<i>Capítulo 65</i> .....	177
<i>Capítulo 66</i> .....	179
<i>Capítulo 67</i> .....	182
<i>Capítulo 68</i> .....	184
<i>Capítulo 69</i> .....	187



